

BOLSILLOS BRUGUE RA

PUNTO

ROJO

mi última novela

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CURTIS GARLAND

MI ULTIMA NOVELA

Colección PUNTO ROJO n.º 618

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 49.203 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1974

© Curtis Garland - 1974

texto

© Miguel García - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ÉSTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.212. — Madrugada mortal.

En Colección PUNTO ROJO:

615. — Neurosis.

¿Qué sucede cuando un famoso autor, de extraña mentalidad, decide escribir... su última novela?

¿Qué sucede cuando esa novela termina con la muerte del propio autor?

Eso es lo que narra la historia de la última novela de Duncan Roberts...

PRÓLOGO

Es mi última novela...

Esta que está comenzando ahora, es mi novela final. No podré escribir ninguna otra más. Es una novela forzosamente corta. No durará más de unos cuantos folios. Será una novela breve. Muy breve. No puedo hacer otra cosa. Tengo poco tiempo para ello.

Dispongo de unas horas. Unas pocas horas. Poquísimas horas, en realidad. Pero suficientes para sentarme a la máquina, para empezar a escribir. Sé que es la última de todas mis novelas. Sólo espero que sea la mejor. La más real, la más palpitante.

Solamente escribí siempre ficciones. Sólo eso. Crímenes, misterios, enigmas más o menos verosímiles. No sabría escribir tampoco otra cosa. Quizá ahora menos que nunca. Porque ahora... ahora sí voy a escribir sobre una muerte violenta. Un asesinato. Un asesinato. Y todo lo demás.

Pero ahora... Ahora, la víctima soy yo.

Estoy muriendo. Virtualmente... estoy muerto ya. Sólo me quedan unas horas para hacer algo. Y no puedo hacer nacer. No sé hacer nada más que escribir. Por eso escribo mi novela final. La novela de mi muerte. De mi propio asesinato.

Sólo espero que tenga fuerzas y vida para llegar a la última página. A la del ortodoxo desenlace que toda buena novela policíaca debe tener: el descubrimiento del asesino...

Cuando menos, lo estoy intentando. Estoy escribiendo ya la última novela de mi vida. Mi propia vida. Mi propia muerte.

Unas horas. Unos folios mecanografiados. Un relato más verídico que ningún otro escrito hasta ahora. El relato de un hombre que muere, que agoniza, que quiere saber por qué muere, por qué ha sido asesinado... y, sobre todo, quién es su asesino...

Sí. Queda poco tiempo. No debo divagar más. No puedo prolongar más el prólogo. Porque queda un tiempo demasiado breve hasta el forzoso epílogo.

Mis dedos teclean dificultosamente. Gotas de sudor caen de mi frente, corren por mi nariz y mejillas, gotean encima de las teclas, como un frío y viscoso rocío mortal.

Mi cuerpo tiembla, se estremece. Mi piel arde o se hiela, alternativamente. Mi mente es lúcida y despejada a veces; torpe, borrosa, confusa en ocasiones.

Y yo escribo. Sigo escribiendo.

Yo, Duncan Roberts, de profesión escritor, novelista de temas policíacos, autor de intrigas de misterio, de suspense, de sangre y de horror... estoy ante mi verdad desnuda. Ante mi propio final. Ante mi propio asesinato.

Yo, Duncan Roberts, novelista, estoy empezando mi última novela.

Mi última novela...

La novela de mi vida. De mi muerte. Y, tal vez, de algo que quedará más allá de mi último aliento. De un culpable desconocido, de un motivo inexplicable y oscuro. De un crimen absurdo e inconcebible.

Mi crimen. Mi sacrificio estúpido y cruel, a manos de un asesino que espero se revele en el último folio de mi última novela.

De otro modo, sería un autor fracasado. Un escritor vencido por los demás, falseando su propia obra. ¿Qué creador de enigmas policíacos llegaría al fin de su obra sin desvelar la identidad del asesino?

No puedo dejar de ser fiel a mí mismo. Por mis lectores. Por mi dignidad profesional. Y, sobre todo, por mi propio derecho a una revancha sobre el criminal. Él sabe que me ha sentenciado definitivamente a morir. Que, aunque viva y respire en el mundo en estos momentos, ya he dejado de pertenecer al mundo de los vivos, y es cuestión de horas la defunción oficial.

Pero yo quiero, antes de irme de este mundo, llevarme una pequeña e íntima satisfacción: la de decir a mis lectores quién mató al autor.

Así, tal vez, la justicia se ocupe de mi revancha personal. Tal vez...

Por el momento, empiezo la novela. Mecnografía casi rabiosamente, folio a folio. Dejo atrás el prólogo, y empiezo, definitivamente, este relato. No sabría cómo llamarlo. No deseo perder tiempo buscando un título.

Quizá, por eso, sea simplemente... MI ÚLTIMA NOVELA.

PRIMERA PARTE

ANTES DE MI ASESINATO

I

Será difícil saber cómo empezó todo.

Personalmente, creo que fue aquel día tan lluvioso y triste, a finales del verano.

Había sido un buen verano. Largo y cálido, como gustaba a la gente del litoral, desde los negocios de hostelería hasta los propios turistas de ambos sexos, que encontraban en la temporada estival el momento idóneo para su explosión emotiva. Para todos ellos, era hermoso vivir en verano. Apuraban hasta el máximo las posibilidades del ardiente sol, la dorada playa, las calas azules y los deportes náuticos. También, inevitablemente, el bullicio nocturno, mundano, de las salas de fiesta, las discotecas, las piscinas iluminadas y los grandes hoteles. O la intimidad cómplice de los bosques oscuros, las rutas secundarias sin tránsito, los campings y las *roulottes* aparcadas a distancia.

Todo eso formaba parte del verano, y era razonable que la gente deseara su continuidad, para gozar de todos los dones de la Naturaleza. Las primeras lluvias, los nubarrones oscuros y el súbito enfriamiento atmosférico, les hizo recordar que aquello se terminaba, para enfrentarse a los rigores climatológicos de una época mucho menos agradable y más cruda para todos.

Era el inicio otoñal. El presagio del invierno triste y melancólico de las costas veraniegas, donde muy pronto, solamente se escucharían gritos chirriantes de gaviotas, sobre el rumor áspero del oleaje gris, estrellándose en los riscos del litoral.

Los veraneantes, los nómadas del sol, se alejaban. Desaparecían hasta el nuevo año. Y nosotros, nos quedábamos allí. Nosotros, los de todo el año. Los residentes fijos. Los que no buscábamos exclusivamente el sol, el agua salada y el deporte náutico o la

turista exuberante de turno, sino los que habíamos elegido aquellos sitios para residir todo el tiempo.

Sólo nosotros.

Y las nubes grises. Y la lluvia triste. Y el silencio en las calas...

Pero a los hombres como yo, eso no podía preocuparnos demasiado. Estábamos allí en busca de sosiego, de paz, de la calma necesaria para trabajar serenamente, lejos del bullicio, del aturdimiento ciudadano. Lejos de todo lo que pueda distraerle a uno los pensamientos, embotarle la imaginación y frenar su espíritu creador.

Quizá por ello, yo consideraba aquella la mejor época del año. Aparte de que los rigores invernales nunca son excesivos en el litoral, que se limita a quedarse triste y grisáceo, en la espera paciente de un nuevo estío lleno de sol, de bañistas, de turismo, de ruido, de vehículos y de campings.

Un escritor, un artista, un creador, necesita de esa paz, de ese silencio. Se encuentra en ello como pez en el agua. Y ése era mi caso. Por eso, con un suspiro de alivio, contemplé las nubes agolpadas en el horizonte, la luz melancólica de la tarde, y lo espaciado de los vehículos por la carretera, encendiendo algunos sus faros tempranamente en el atardecer, de regreso a la ciudad la mayoría de ellos, con los últimos veraneantes y sus bártulos.

Me gustaba aquel atardecer tristón. Me gustaba el vuelo de las gaviotas, agitando sus largas alas sobre los acantilados y el saliente del faro. Me gustaba su aleteo, su largo y agrio grito estridente. Las franjas de arena desierta, ya sin toldos multicolores, ni sombrillas abiertas, de vivas franjas policromadas. Sin cuerpos bronceándose, semidesnudos, bajo el sol. Sin exuberancias femeninas, tornándose doradas sobre sus toallas de alegre colorido. Sin nadie.

Di un paseo en torno a nuestra residencia rodeada de árboles, setos y peñascos, como un pequeño paisaje particular, cercado por la valla de ladrillo y verjas. Más allá, la carretera, los bosquecillos, los riscos sobre el mar, y la arena al fondo, dibujando un perfil amarillo, festoneado del azul del mar y el blanco espumoso del suave oleaje.

Entonces, no podía saber que era el principio de algo terrible. El principio del fin. Mi fin. Mi muerte.

Todo se estaba fraguando oscuramente en torno mío. Y no llegué a saberlo. Ni a sospecharlo siquiera. Quizá de ser así, todo hubiera resultado diferente. Muy diferente.

Quizá ahora, en este momento... yo no estaría agonizando ante mi máquina de escribir, tratando de recordar lo que sucedió

entonces, lo que comenzó aquel día. Tratando de escribir mi última novela.

La novela de mi propia vida. Y de mi muerte.

Sin embargo, debí haber temido algo. El precedente era ya funesto. Los presagios iniciales, no pudieron ser peores.

Porque todo comenzó con una muerte. Una muerte violenta. Atroz.

Yo debía haber sospechado algo, pero no fue así. Después de todo, ¿qué relación podía tener yo, Duncan Roberts, escritor de obras policíacas... con un asesinato cometido a corta distancia de mi residencia, por persona o personas desconocidas, como se acostumbra a decir en tales casos?

Y, no obstante, aquel día nublado, mientras empezaba a lloviznar tímidamente sobre la costa, mientras los últimos veraneantes se alejaban de regreso hacia las luces de la ciudad y su habitual ritmo de vida, yo empecé a morir un poco.

Sin yo saberlo, estaba empezando a morir.

Porque el asesinato con el que me tropecé brusca, brutalmente... no era sino el inicio de algo peor. El principio de mi propia muerte. De mi propio asesinato.

* * *

Estaba muerta.

Nunca he estado seguro, de algo con tal convicción como entonces.

Muerta. Asesinada.

Antes de eso, había sido una hermosa mujer. Una turbadora y deseable criatura. Quizá la más atractiva de cuantas llegaron a aquella costa durante todo el verano. Quizá la única que llegó a gustarme, a atraerme por su simple poder físico de seducción.

No tuve tiempo de conocer mucho más de ella. Mis conocimientos sobre Ingrid Ekmer, no pasaron de ser puramente epidérmicos. Y existen ciertas epidermis que valen la pena no molestarse en ahondar más... Ingrid Ekmer era una de esas epidermis.

Ahora, ya no era nada. No hay cosa peor, más trivial, más triste y más lamentable que una hermosa epidermis de mujer... convertida en un cuerpo para la Morgue. Con la frialdad de la muerte, con la sangre de la violencia, derramada sobre sus curvas, que una vez fueron espléndidas, fueron apetecibles. Que ahora no

eran nada. Ni significaban nada, salvo unas simples medidas antropométricas para los técnicos del Depósito de Cadáveres.

La habían matado brutalmente. De eso podía uno darse cuenta con toda facilidad. Incluso sin ser policía o médico forense. Simplemente siendo escritor. Siendo una persona observadora. Además, yo era escritor de novelas policíacas. Y digo que era, porque esta obra actual significa el fin de todo ello, ya que es la última de todas. Mi último título. Y lo empiezo de un modo puramente ortodoxo, que no me hace temer por las críticas que pueda despertar, una vez esté yo enterrado y la obra salga a la luz.

¿Qué mejor modo de iniciar una novela policíaca, un relato de crimen y de misterio, que empezarlo con... un crimen?

Así lo empiezo yo. El crimen del camping. El crimen en la *roulotte*. El crimen del que había sido víctima una hermosa turista, rubia y nórdica, llamada Ingrid Ekmer.

—Ingrid... —murmuré—. ¿Cómo es posible...?

Ella no me oyó. No podía oírme. Los muertos no escuchan. No hablan. No responden.

Ingrid siguió muerta, allí a mis pies, junto al remolque que movía su coche blanco, deportivo, cuando tenía que trasladarse de un sitio a otro. Nunca iría a ningún otro sitio. Aquéllas fueron sus últimas vacaciones. Su último verano. Su última parada en un camping estival.

Me incliné. Puse una rodilla en el césped, mojado por la tenue lluvia que la tarde derramaba sobre el litoral. Adelanté una mano. La detuve cerca del rostro de Ingrid. Luego, tras una breve duda, me decidí. Aparté un largo mechón de lisos cabellos dorados. Dejó ver su rostro.

Un hermoso rostro de *walkiria* sensual, con grandes ojos azules, boca carnosa, recta nariz. Los ojos ahora estaban desorbitados, vidriosos, con una expresión de horror, cristalizada en aquellas bonitas pupilas. La boca, crispada en un rictus de dolor, de angustia, acaso de pánico supremo.

La sangre corría desde su boca y cuello, hasta empapar su corpiño amarillo, y dejar regueros escarlata oscuros resecos sobre las opulencias de unos pechos macizos y firmes.

El mango de un vulgar cuchillo de cocina, asomaba de su cuello, clavado hasta el mango sobre su arteria vital, desgarrada mortalmente. La sangre había escapado por su boca y herida, enrojeciendo aquella piel que el sol había dorado intensamente, con tonos bronceos.

Me incorporé, apoyándome en la mesa plegable del camping,

situada junto al cadáver que reposaba en la hierba. Respiré hondo, tratando de recuperarme del tremendo impacto emocional que era aquel hallazgo macabro, a sólo unos cientos de yardas de mi casa.

—Dios mío... —murmuré entre dientes, sin saber qué hacer—. ¿Qué significa esto? ¿Qué ha podido ocurrir hoy aquí?

Retrocedí, porque sabía que no podía hacer nada en absoluto por ella. Estaba muerta, y mi obligación ahora era informar de ese macabro hallazgo a las autoridades. No estaba en mi mano hacer ninguna otra cosa, después de todo.

Ingrid Ekmer había sido solamente una alegre amistad de verano. Un romance fugaz, apenas sentido. De repente, era algo mucho más oscuro y más profundo: una chica frívola, fácil y liviana, sin prejuicios, convertida en cadáver. Un cadáver ensangrentado. Una mujer muerta violentamente. Y en un paisaje grisáceo, triste y lluvioso.

Levanté los ojos. Algo sonaba dentro de la *roulotte*. Música. Caminé hacia allá por el césped, cuidadosamente, procurando no pisar nada. Había una banqueta volcada, unos vasos de plástico y una botella dispersos por el suelo.

Asomé. La litera de Ingrid... La conocía. Estaba seguro de que alguien más debió conocerla durante sus alegres vacaciones. Ella había sido así, y así había que aceptarla. Al lado de la litera, una pequeña radio a transistores emitía músicaailable.

Así son las cosas a veces. Ridículas e incongruentes. Hay una persona cerca, muerta brutalmente. Y un receptor de radio emite música ligera. Es incoherente. Pero ocurre. Estaba ocurriendo. Ella había abierto, tal vez, aquella radio. Y hay cosas que van más allá de la muerte ajena.

Pensé que, quizá, fue el asesino quien la puso en funcionamiento. Eso importaba poco ahora, a menos que hubiera huellas digitales en el dial. Pero hasta los más tontos saben hoy día que un delincuente debe usar guantes, si no quiere que le cacen como a un incauto.

Retrocedí, enjugándome el sudor de un manotazo. No todo era sudor, después de todo. También la lluvia mojaba mi rostro ahora. Estaba aumentando la intensidad del aguacero.

Volví a casa, por el sendero de hierba, sin tocar el terreno blando y limpio de vegetación. No hubiera sabido decir por qué. Quizá tenía miedo. Miedo de dejar huellas claras, nítidas. Huellas que luego hicieran pensar cosas raras a la policía. Soy un hombre tremendamente frío y sereno. Sin embargo, tenía miedo. Miedo de que pudieran sospechar de mí, en relación con Ingrid.

Me pregunté por qué. Y la respuesta no me gustó. Mi miedo no era siquiera por la policía. En el fondo, era por ella. Por mi esposa. Por Wilma.

* * *

—Wilma...

—¿Sí, querido? —se volvió ella, mirándome con cierta expresión de curiosidad.

—Wilma, es posible que tenga que prestar declaración ante Homicidios —suspiré, aplastando el cigarrillo en el cenicero de grueso vidrio azul.

—¿Tú? —ella enarcó las cejas, estudiándome con interés—. ¿Por qué, querido? No hay motivo para ello. No tenemos relación alguna con esa gente, los... los veraneantes. El hecho de que, durante un paseo, te encontrases con su cadáver... no significa nada. Alguien tenía que encontrarla, eso es todo. Una simple declaración previa será suficiente.

—Tal vez no sea suficiente, Wilma —insistí, pensativo, poniéndome en pie y hundiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—¿Por qué no había de serlo? Esa chica rubia se debía relacionar con muchos jóvenes de ambos sexos. Extranjeras, *play-boys* de tipo atlético... Ya sabes lo que ocurre en esos casos. Sucede en todas partes. Todos los veranos, Duncan.

—Sí, supongo que así es —incliné la cabeza, mirando la punta de mis zapatos, para añadir fríamente: —Es que... quizás sí tengo alguna relación con los hechos, Wilma.

—¿Qué quieres decir? —me miró de pronto con fijeza, cómo asombrada.

—Bueno, ya sabes... Es el verano, los turistas... —sacudí la cabeza—. A veces... a veces no todo es fácil de evitar. Tomas unas copas de más, bailas con una chica, vas de noche a la playa... y de repente te das cuenta de que has ido demasiado lejos.

—Demasiado lejos... —ella bajó la mirada—. Entiendo. Fuiste demasiado lejos, Duncan...

—Lo siento. Esto es difícil de confesar, Wilma. Tal vez no debí hacerlo.

—¿Por qué no? —su tono era sarcástico—. Después de todo, últimamente no hay demasiada intimidad entre tú y yo. Hubo diferencias, roces, problemas... Y no todo se ha resuelto ya.

—No, no todo —convine con cierta amargura.

—Lo lamento. Sé que es mi culpa, no la tuya. Soy yo quien te he pedido un plazo, un tiempo de espera, de prueba. Luego, pasado ese tiempo, sabré sí, realmente, todo debe seguir igual y nuestro matrimonio se ha arruinado... o si aún existe un resquicio de esperanza, un asidero para dos náufragos...

—Creo que es culpa de los dos, Wilma —suspiré—. Ninguno pusimos demasiado de nuestro lado. Ahora, todo es mucho más difícil... Está... está Shelby... y está, o estuvo Ingrid...

—Oh, Duncan, no seas ridículo —Wilma, con su serena belleza de pelo castaño suave, con sus profundos ojos de color café y ámbar, por partes iguales, se acercó a mí, llegando incluso a poner sus manos en mis brazos. Hacía algún tiempo que no la sentía tan próxima. Ni tan persuasiva—: Shelby no es nada. No es nadie. Una de... de esas cosas que una cree trascendentales. De repente, descubres que es solamente un *play-boy*. Uno más. Algo mejor, algo más inteligente, más culto, más hábil... pero uno más... En cuanto a Ingrid Ekmer... está muerta, Duncan.

—Sí —susurré—. Está muerta. Y lo peor es que no por un ataque cardíaco o una hepatitis, Wilma, sino... asesinada. Asesinada por alguien con la suficiente fuerza para hincarle un cuchillo de cocina hasta la empuñadura, justo sobre la carótida izquierda...

* * *

—Sí, señor Roberts. Justo sobre la carótida izquierda. Seccionada la arteria, falleció por hemorragia. Nadie presenció el crimen, y nadie pudo ayudarla, por tanto —el teniente Morrow me contempló fijamente—. Porque usted no lo presenció, ¿no es cierto?

—En absoluto, teniente. Sólo encontré el cuerpo, cuando ya no había remedio. Se había desangrado. Su piel estaba fría ya. En esta época de los finales del verano, son pocos ya los que frecuentan los bosquecillos de camping.

—Lástima... —suspiró el oficial de policía, paseando delante mío—. Claro que si usted o cualquier otro hubiera sido testigo de ese crimen, es posible que no viviera para contarlo. Un asesino capaz de golpear con esa furia a una mujer indefensa, joven y hermosa, sería también capaz de matar a un posible testigo de su delito.

—Mirándolo desde ese punto de vista, teniente... creo que tiene razón —acepté—. Sí, sería capaz de hacerlo... si yo me dejaba sacrificar.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que sea alguien a quien usted conoce, a quien ha visto muchas veces, quizás alguien con quien se cruza cada día, cambiando un cordial saludo?

—¿Qué quiere decir? —arrugué el ceño, estudiando al policía.

—Oh, no creo que necesite amplias explicaciones, señor Roberts. Usted es, después de todo, escritor de novelas policíacas. Usted sabe lo que significa un crimen, cometido en una localidad como ésta, donde la población es escasa, fuera de la temporada estival...

—Entiendo lo que sugiere. Pero del mismo modo que podría ser uno de los habitantes de esta población, también pudo ser un veraneante, un ladrón, un enfermo sexual, incluso, que ya no esté en Santa Bárbara, tras haber cometido su crimen.

—Lo he pensado. No descarto esa posibilidad. A fin de cuentas, las chicas como esa rubia nórdica, están siempre rodeadas de tipos aventureros, granujas de mejor o peor posición social y económica... Pero no se puede descartar que fuese también alguien de por aquí, de los habitantes fijos de la población. Ya le dije que era sólo una posibilidad...

—Sí, entiendo —afirmé despacio. Miré de soslayo al oficial de policía recién llegado de Los Angeles—. ¿Usted sabe ya... sabe que yo he sido uno de los hombres que tuvieron relación íntima con Ingrid Ekmer?

—Claro., señor Roberts —se volvió a mí, sonriente—. Y le agradezco que no trate de ocultarlo. En estos sitios pequeños, todo se sabe. Usted es un popular autor de libros de intriga, y hay gente que se ha apresurado a informarme de su... su romance con la rubia turista...

—Lo suponía —dije, irónico—. Santa Bárbara es un pueblo, después de todo. Con su provincianismo delicioso... y con todos los defectos inevitables de los sitios así.

—Hubo alguien, en particular, que insistió mucho en su modo de relacionarse con la chica muerta... Alguien particularmente malintencionado en sus sugerencias, señor Roberts...

—¿De veras? —le miré, perplejo—. ¿Puede decirme quién es esa persona?

—¿Por qué no? —el teniente Morrow se encogió de hombros—. Después de todo, no me ha pedido que callase sus comentarios... Se trata de un joven muy fuerte y atractivo... El joven Shelby Hammond. Creo que es muy amigo de su esposa...

—Shelby Hammond... —repetí.

II

Shelby Hammond rodó por los suelos. La sangre brotó de entre sus labios y dientes. Le oí gemir de dolor.

Eso no me causó la menor piedad hacia él. Avancé unos pasos, y le golpeé nuevamente al tratar de incorporarse. Su musculosa, atlética figura de joven deportista, cayó contra una vidriera del *bungalow*, destrozándola en mil pedazos, y yendo él a parar entre los arbustos del jardín.

Imagino que debía sentirse muy sorprendido por todo aquello. El, con toda su fortaleza física, su arrogancia despreciativa, estaba siendo vapuleado por un hombre aparentemente más débil que él, de menos estatura y mucha menor musculatura. La diferencia entre él y yo, estaba en los recursos del judo, contra su habilidad de pugilista y de hombre joven y fuerte.

—Shelby Hammond, es posible que merecieras bastante más que este escarmiento. Pero creo que va a ser suficiente para que, en lo sucesivo, no vuelvas a insinuar sucias mentiras y acusaciones a la policía. Ellos saben que tuve relación con Ingrid Ekmer, de modo que por ese lado no has logrado perjudicarme, pero cuando menos, lo has intentado. ¿Y todo por qué? ¡Sólo por deshacerte de mí, Hammond! ¿Es que realmente has pensado en quitarme la esposa? ¿O es el dinero lo que te interesa, y has comprendido que si ella se divorciase de mí, para ser tu esposa, dispondrías de todos los lujos fácilmente? ¿Es la posición económica de mi mujer la que te atrae, asqueroso vividor?

Me contemplaba, con evidente sorpresa, desde su incómodo lecho entre los arbustos. Numerosos arañazos, producidos por los vidrios rotos en su caída, salpicaban visiblemente su epidermis, en manos, brazos, rostro y tórax.

—Creo que se ha precipitado, Roberts —silabeó, frotándose los labios, y retirando la mano manchada de sangre—. No me gustó nunca que nadie me golpeará. Soy rencoroso, ¿lo sabía? Muy rencoroso...

—Entonces, levántese —le desafié—. Y pelee, Hammond. Es fuerte, presume de músculos... ¿A qué está esperando? Yo solamente soy un tipo de vida sedentaria, un simple escritor, acomodado muchas horas al día frente a una máquina de escribir, enmohecendo mis músculos...

—No soy un imbécil, Roberts. Ya me he dado perfecta cuenta de

que su aparente debilidad oculta conocimientos de lucha suficientes para triturarme, si lo desea. Es más, podría matarme con uno de esos golpes, y alegar luego involuntariedad. Todos saben que soy fuerte, que practico deportes... Sería su mejor coartada —sacudió la cabeza, con expresión cínica—. No, gracias. No pelearé con usted. Pero tampoco olvidaré esto, maldito sea. Procuraré que lo pague caro. Muy caro, Roberts.

Una mirada despectiva a su figura atlética, a su torso siempre desnudo, sobre los cortos pantalones estampados, fue mi única respuesta. Después, abandoné su *bungalow*, sintiéndome satisfecho solamente a medias.

Pero era todo lo que podía hacer por vengarme de la mala fe de Shelby Hammond, el hombre por quien mi esposa Wilma parecía sentir una extraña debilidad emotiva...

Cuando alcancé el sendero que conducía a la playa, por detrás de los *bungalows* y residencias veraniegas asomadas al mar, me encontré bruscamente con Mark Davis.

—Hola —me saludó, parándose ante mí con una leve sonrisa—. ¿Problemas, Duncan?

—Sí —afirmé, aún malhumorado.

—¿Con Shelby Hammond?

—Con ese maldito hijo de perra —refunfuñé, asintiendo.

—¿Qué te ha ocurrido, exactamente? —se interesó mi amigo.

—Estuvo difamándome ante la policía. Ya te habrás enterado de lo de esa chica turista, Ingrid Ekmer...

—Sí, me he enterado. En Santa Bárbara se comenta mucho el suceso.

—Ella y yo tuvimos ciertas relaciones... Nunca lo he negado. Incluso Wilma lo sabe. Ya estás enterado de que nuestro matrimonio no va perfectamente, Mark. Pero de eso a hacer sucias insinuaciones, para que puedan acusarme de algo, para presentarme como sospechoso ante las autoridades...

—¿Eso hizo Hammond?

—Exactamente. He venido a verle. Y le he dado un escarmiento.

—Ya entiendo —me miró Mark Davis, curioso, levemente risueño—. El ignoraba que fuiste un buen judoca...

—Ahora, ya lo sabe —reí, recuperando en parte mi humor habitual.

—Es peligroso ir a golpear a un hombre a su propio domicilio. Hammond puede denunciarte por ello —me recordó Davis, pensativo.

—No lo hará. Ahora sabe de lo que soy capaz.

—¿Y tú? ¿Sabes de lo que él es capaz, cuando odia a alguien? —habló Davis, con gesto preocupado.

—Me ha amenazado. Pero no le temo, Mark. Nunca he temido a las alimañas. Se las aplasta con el pie, si es preciso.

—Duncan, ¿puedo ayudarte en algo? —me preguntó Davis, pensativo.

Vacilé. Tal vez él podía ayudarme, pero quise pensar que no le necesitaba. Ni a él, ni a nadie. Los problemas se habían terminado, en lo que a mí respectaba. O eso es lo que pensaba yo en esos momentos. Tal vez debí aceptar el ofrecimiento de Mark. Era un amigo, era inteligente, agudo y de audaces iniciativas. Había sido un montón de cosas en la vida: aventurero, contrabandista, mercenario en campañas africanas, y un sinfín de cosas más. Había quien afirmaba que Mark Davis estuvo varias veces encarcelado, y siempre salió bien librado gracias a su ingenio, aunque no todas las veces por cauces legales, especialmente en prisiones extranjeras. Lo cierto es que era un tipo fascinante, con un peculiar sentido del humor y una imaginación fabulosa. Además de eso, tenía una personalidad asombrosa. Y no sólo por su estatura, su flexibilidad felina, la virilidad sugestiva y enérgica de su rostro, el verde profundo de sus ojos o el rubio oscuro de sus lisos cabellos rebeldes, sino por algo que emanaba, a la vez, de toda su persona.

—No, Mark gracias —rechacé, moviendo la cabeza—. Creo que todo está resuelto ya.

No sabía cómo me equivocaba. No sabía que aún iba a correr más sangre en la extraña tragedia súbitamente desencadenada sobre Santa Bárbara, California, e iniciada con el asesinato brutal de Ingrid Ekmer.

No sabía que yo mismo, Duncan Roberts, estaba ya implacablemente sentenciado a muerte. Y que mi destino, lo único que haría ya, seríairme empujando de modo inexorable hacia ese final ignorado, imposible de sospechar....

* * *

Wilma me contempló con fijeza. Yo me daba cuenta de ello con el rabillo del ojo, pero aún así, continuaba escribiendo, tecleando sobre mi máquina para concluir los últimos capítulos de la novela actualmente en gestación, titulada *Concierto para el asesino*. Estaba resultando muy bien, y confiaba en su éxito cuando se publicase. Pero ahora, mi mente se desviaba del tema literario, distraída por

otras cuestiones menos imaginativas, mucho más tangibles.

—¿Por qué lo hiciste, Duncan? —la oí preguntar por fin.

—Por qué hice, ¿qué? —mi replica era otra pregunta. Y siempre sin dejar de escribir, bajo la luz que proyectaba el flexo de mi mesa, de trabajo.

—Ya sabes a lo que estoy refiriéndome.

Su voz sonaba seca, algo agria. La miré fijamente ahora, dejando de teclear.

—¿Te lo ha contado él? —indagué, sarcástico.

—No. El teniente Morrow.

—¿Se ha decidido a denunciarme por agresión?

—No lo hizo. El doctor Saxon le atendió de las heridas. Tiene varios cortes profundos en el costado y espalda. Ha sido algo brutal, Duncan. Nunca hubiera esperado de ti una escena semejante. No has sido jamás celoso.

—No fueron celos —corté, incisivo—. Ha sido una revancha personal. No tolero insinuaciones cobardes. Yo no soy un asesino. Ni me gusta figurar como sospechoso en las agendas policiales. Escribo misterios y crímenes, no los protagonizo en modo alguno.

—Shelby no puede acusarte de nada. Estuvo mal golpearle en su domicilio. Él no ha dicho lo que sucedió, pero imagino que le cogiste por sorpresa. Shelby no podía saber que tú has aprendido lucha oriental...

—Hiciste mal en no avisarle —comenté, con agria ironía—. Eso hubiera igualado un poco las cosas, Wilma.

Ella me estudió, agresiva. Su indiscutible belleza se tornó hosca.

—A veces, Duncan, eres insoportable —musitó—. Sólo que, como eres aún mi marido, debo perdonarte ciertas cosas...

Salió del gabinete, cerrando de golpe la puerta. Lamenté lo que había dicho. Wilma no era demasiado responsable de lo que sucedía. Ella era leal a sí misma. Y también a mí. El joven e irascible Shelby Hammond sabía hacer su trabajo. Y sabía cómo poner sitio a una dama, esperando la rendición de la fortaleza. No sé si Wilma había sabido resistir. Pero quería creer que sí. Sólo que yo soy un poco especial, y lo admito. Ella... es una mujer. Eso lo define todo. O casi todo.

Quizá todo ello terminara pronto, con nuestro divorcio. Al menos, es lo que pensaba entonces, ignoraste de lo que el futuro nos reservaba a ambos. Especialmente... a mí.

Seguí escribiendo. Terminando mi novela *Concierto para el asesino*, que el editor esperaba impaciente. Yo no podía saber entonces que era mi penúltima novela en el mundo. Y que la

siguiente, la última de todas... sería la novela que estoy escribiendo ahora, tratando de rememorar los sucesos con que se inició su terrible tema.

La novela de mi propia muerte. La novela de un crimen en el que soy yo el culpable, y que comenzó con otra muerte: la de una rubia y espléndida muchacha nórdica, de piel bronceada, asesinada ferozmente a poca distancia de mi hogar.

Una novela que, aun antes de ser escrita, había comenzado ya a desarrollarse. Sólo que yo... yo no lo sabía.

No sé cuánto tiempo estuve escribiendo hasta que lo noté.

De repente, supe que alguien me miraba desde alguna parte. Levanté la cabeza. Recorrí un breve trecho del gabinete de trabajo, y clavé mi mirada en la gran vidriera de la sala. Allí le vi.

Apenas si descubrí borrosamente su rostro, extraño y pálido, salpicado de vello rojizo. Sus ojos fijos, malévolos y agudos. Luego, no vi nada. Solamente unos arbustos moviéndose, agitándose, rozando los grandes cristales de la puerta-balcón. Ya no estaba el rostro en la noche.

Me levanté. El flexo cayó con violencia sobre la máquina y el folio a medio mecanografiar, introducido en el rodillo de la misma. Mi banqueta se fue atrás, con un choque brusco.

—¡Eli, usted! —llamé—. ¿Qué hace ahí? ¿Qué busca?

No me contestó nadie. Percibí un rumor de pasos, alejándose entre la hojarasca y el césped. Crujido de arbustos, movimiento en el oscuro jardín. Corrí hacia allá, dispuesto a saber qué sucedía, quién se había aventurado en mi propiedad, a tales horas, dedicándose a espiarme mientras trabajaba.

Eso, después de la muerte de Ingrid Ekmer, adquiriría un matiz aún más inquietante y estremecedor. Tal vez el propio asesino de la joven estaba en mi jardín, vigilándome...

Salí al jardín, un poco temerariamente, dispuesto a enfrentarme con lo que fuese. Era mejor afrontar cualquier hecho cierto, a moverse entre dudas y recelos. Alcancé a descubrir una forma borrosa, allá en la verja, saltando fuera del jardín, furtivamente, entre el rumor de la hojarasca.

—¡Deténgase! —grité con voz ronca—. ¡Alto, o disparo!

Naturalmente, no había nada que disparar. Yo no llevaba arma de fuego, pero pensé que eso podría intimidarle. Me equivoqué. El fugitivo escapaba definitivamente, y cuando llegué a la puerta de mi residencia, ya no vi a nadie.

El merodeador nocturno había desaparecido.

Me detuve en la acera de la calle arbolada, salpicada de chalets

y *bungalows*, muchos de ellos desiertos ya. Los arbustos brillaban tenuemente, húmedos de lluvia, bajo las luces dispersas del alumbrado de aquellas zonas residenciales. El aire de la noche olía a mar y a fresca humedad.

Fijé mi mirada en el suelo. El objeto destelló un memento. Me incliné a recogerlo.

Era una navaja. Una navaja automática no muy grande. La hoja emitió un seco chasquido cuando oprimí el resorte, y salió disparada, como una rígida lengua de acero. Silbé entre dientes, observando su centelleo azul, al reflejar las luces de mi casa y la de la cercana esquina.

El objeto debió perderlo el merodeador en su fuga. En su mango, vi algo grabado. Lo aproximé adonde la claridad era mayor. Pude leer las dos iniciales, profundamente talladas en la madera de la empuñadura:

T. F.

Debajo, había algo más. Un contorno irregular, grabado dificultosamente. Parecía una hoja de árbol, o cosa parecida. Guardé el objeto, y volví a mirar en torno, por si descubría en alguna parte huellas del fugitivo. No fue así, y me dispuse a regresar al interior de la casa.

Entonces me detuvo aquella voz, no lejos de mí:

—¿Busca a alguien, señor Roberts?

Me volví rápidamente, temiendo que el merodeador hubiese estado oculto hasta entonces en alguna parte, y ahora se dispusiera a atacarme por sorpresa.

La figura del hombre había aparecido en la puerta inmediata, en el vecino *bungalow*. Por su corpulencia, comprendí que no podía ser sino mi propio vecino, el ocupante de aquella vivienda.

—Busco a un intruso, señor Ryker —respondí secamente, porque Curley Ryker no era precisamente santo de mi devoción—. Estaba espiándome en el jardín. Imagino que usted no habrá visto a nadie....

—Oh, se equivoca —rio él, acercándose—. Por eso se lo preguntaba, amigo mío. He visto al intruso.

No me gustó que me llamase su amigo. Ryker tenía mala fama en la zona. Le gustaba demasiado meterse en las vidas ajenas. Tenía unos potentes prismáticos y una cámara tomavistas con un potentísimo zoom. Había quien decía que lo dedicaba todo exclusivamente a vigilar a las damas, sorprendiéndolas, si era

posible, en paños menores. O sin ellos. Y entonces hacía funcionar su indiscreta cámara. Su expresión y el modo de humedecerse sus labios cuando veía a las bañistas cerca de él, parecía confirmar tal posibilidad. Y la verdad es que esa clase de fauna humana, nunca ha sido de mi gusto. No me caen simpáticos los *Peeping Tom* de turno.

—¿De veras? —le pregunté, sin demasiada convicción.

—Seguro. Era un vagabundo. Un tipo sospechoso.

—¿Cómo pudo verlo, señor Ryker? —dudé—. La noche es bastante oscura...

—Poseo una lámpara de luz infrarroja —explicó—. Y unas gafas de cristales adecuados para ver con esa clase de luz, invisible para el ojo humano en su estado normal. Es muy útil para vigilar el jardín sin tener que dar las luces. Eso me permitió ver al tipo que le visitó hace poco. Le vi escapar también. Por cierto que pareció perder algo, se detuvo para recogerlo, y al aproximarse usted, optó definitivamente por alejarse a la carrera...

—Eso es cierto —convine, ceñudo. Lo de la luz infrarroja me hacía confirmar mis sospechas. Una mujer, en cualquiera de los *bungalows* cercanos, durante el cálido verano, con ventanas abiertas a la noche, no dudaría en pasearse como la propia Eva por su casa. Sin sospechar que había ojos obscenos, siguiéndola en la oscuridad. Repugnante. Pero él había visto ahora al merodeador, y eso me interesaba. Traté de saber algo más, a través del gordo, sensual y desagradable Curley Ryker, mi vecino. Insinué—: ¿Pudo ver bien al tipo?

—Bastante bien —aprobo—. Y con una risita, completó—: Incluso le hice una fotografía con teleobjetivo, que habrá quedado bastante aceptable, creo yo...

Le miré. Aquel tipo era demasiado rápido y experto en la materia. Su habilidad en tal clase de espionajes, en vez de despertar mi admiración, provocaba mi disgusto.

—Eso será una buena cosa —dije—. Si no tiene inconveniente, me gustaría saber quién era el que se atrevía a vigilarme desde el jardín, señor Ryker.

—Gustosamente le proporcionaré una copia. Venga conmigo. Revelaré la fotografía en un momento. Pero puedo anticiparle que era un hombre joven, con aspecto de trotamundos. Uno de esos tipos desaseados, de larga melena y vida fácil. Un *hippy*, en suma...

—Un *hippy*, sí. Un joven canadiense, llamado Tracy Finch, señor Roberts.

—Tracy Finch. T. F. —medité—. Sí, es verdad. Todo coincide. Y la hoja de árbol grabada. Es la bandera del Canadá...

Asintió el teniente Morrow, tras contemplar la aceptable fotografía obtenida por el astuto Ryker con su cámara, en plena noche, utilizando la luz infrarroja. Me estudió a mí con interés, mientras se quedaba con aquella copia de brillante cartulina.

—Tiene usted un vecino muy interesante —comentó el policía de Los Angeles.

—¿Ryker? —me encogí de hombros—. Yo no lo llamaría así. No me es nada simpático.

—A mí tampoco. Nadie ha podido denunciarle, pero sabemos positivamente que espía a las mujeres. Es una forma de perversión sexual, no simple curiosidad de fotógrafo o de chismoso. Solitario, solterón, maníaco de la indiscreción, los prismáticos, la fotografía con teleobjetivo... Me gustaría poderlo probar de algún modo. Eso significa un delito. Nadie puede inmiscuirse en las vidas ajenas, espiándolas en su intimidad. Incluso es delito federal, señor Roberts.

—Lo sé —suspiré—. Pero ahora hablemos de ese hombre. ¿Por qué sabía usted su nombre y nacionalidad, teniente?

—Le andamos buscando.

—¿A Finch? ¿Ha cometido algún delito, quizá? —me inquieté.

—No lo sabemos. Hubo recientemente algunos robos en la costa, pero eso ocurre con frecuencia, sobre todo en los finales de temporada. La razón de que busquemos a Finch es muy otra.

—¿Debo sentirme preocupado, entonces, porque estuviera en mi jardín anoche?

—Tal vez —asintió, con expresión calculadora. Luego, se inclinó hacia mí—. Ese *hippy* canadiense estuvo en el camping de Ingrid Ekmer. Ha sido visto con ella.

—¿De veras? —pestañeeé, sorprendido.

—Tenemos diversos testimonios que así lo confirman. Uno de ellos, el de una muchacha que se hizo muy amiga de la turista sueca, durante la estancia de ésta en Santa Bárbara. Esa amiga se llama Lorelei Tupman. ¿La conoce, señor Roberts?

—¿Lorelei? Sí, ese nombre me suena a algo... Pero no logro recordar...

—Es una joven algo alegre de cascos —rio entre dientes el policía—. Su esposo y ella regentan el restaurante de la playa, en Punta Rocosa. Sólo está abierto durante la temporada estival. Ahora están a punto de cerrarlo.

—Oh, ahora recuerdo —asentí—. Lorelei, la hostelera. Sí, estuvimos allí una vez Ingrid y yo... Eran amigas, ciertamente. Lo que ignoraba, es que fuese la esposa del dueño. Parecía demasiado...

—¿Demasiado libre? —soltó Morrow una suave carcajada—. Tiene razón. El pobre diablo no puede dominar a su esposa. Vive con ella amedrentado. Y la fulana, como sabe que tiene buen tipo, lo exhibe, coquetea con los clientes... y llega todo lo lejos que sea posible, en su afán de vivir frívolamente, sin importarle para nada el caballero Tupman.

—Un buen elemento, en suma —arrugué el ceño—. ¿Y esa fulana habló de Finch, el *hippy*?

—Sí. El tal Finch parece que gusta a las chicas. Lorelei andaba tras de él, como tras de tantos otros —me miró, risueño—. ¿No tuvo usted alguna experiencia amorosa también, con la bonita mesonera de Punta Rocosa, señor Roberts?

Respiré hondo, y apreté los labios. Mi respuesta fue algo seca:

—Lo siento, teniente. Si hubiera sido así, tampoco lo diría. No me gusta mencionar ciertas cosas... sobre todo si la chica está casada...

—Pues con Ingrid Ekmer debió equivocarse, señor Roberts —bromeó el teniente Morrow—. Ella decía ser soltera y sin compromiso, ¿no es cierto?

—Sí —le miré fijamente—. ¿No lo era?

—En absoluto. Su esposo llegará mañana de Suecia, para hacerse cargo del cadáver de su mujer... Hemos recibido hoy su cablegrama, señor Roberts.

Moví la cabeza, asintiendo, pensativo. Ingrid Ekmer había engañado bien a todos, con su aparente libertad e independencia. Ahora, un hombre ajeno a todo eso, sufriría las consecuencias de esa insensata frivolidad...

—Entiendo —dije roncamente—. Me gustaría encontrar a una mujer que dijese la verdad, que fuese realmente sincera con alguien...

—No pierda las esperanzas de que exista —bromeó Morrow—. Tenemos que ser optimistas. Bien, señor Roberts, si ve de nuevo a ese Finch por su jardín, avise en seguida a la policía. Puede ser sólo un vagabundo que guste a las chicas... o un merodeador asesino. Ingrid fue muerta por arma blanca, y esa navaja que usted halló, es obvio que también podría matar con la mayor facilidad del mundo. El joven Finch tendrá que responder a unas cuantas preguntas, si es que lo hallamos...

—Y yo tendré que empezar a pensar en tener un arma en casa, por si ocurre algo anormal en el futuro —reflexioné.

—No sería mala idea, pero deberá tener cuidado. Las armas tienen el peligro de que a veces se disparan demasiado pronto, sin reflexionar. Y eso es mala cosa.

—No se preocupe —suspiré—. Acostumbro a tener los nervios muy templados, y a calcular siempre muy bien lo que hago, teniente Morrow. Si disparo, será solamente para defender mi vida o la de Wilma, no lo dude.

Me despedí del teniente, y me encaminé a la salida del Precinto policial de Santa Bárbara, donde el teniente Morrow se había establecido provisionalmente, desde la muerte de Ingrid Ekmer.

Allí me encontré una vez más con Mark Davis.

Bajaba de su automóvil oscuro, detenido ante la oficina policial. Se paró al verme, con cierta sorpresa en el rostro.

—¿Problemas otra vez, Duncan? —me preguntó.

—No, Mark, —rechacé—. Sólo que un merodeador anda por aquí últimamente. Un *hippy* canadiense, que parece ser tuvo algo con Ingrid. La policía le anda buscando. Estuvo anoche en mi jardín.

—Ya —Davis entornó sus fríos ojos verdes—. El ambiente se está enrareciendo en Santa Bárbara, ¿eh? Demasiados sospechosos, demasiada gente extraña...

—Sí, eso parece. ¿Y tú, Mark? ¿Tienes acaso problemas?

—Parece ser. El teniente Morrow quiere verme —sonrió, aunque sus ojos continuaban serios y profundos—. Es posible que haya pedido antecedentes míos. Por eso te dije que somos demasiados sospechosos ya.

—¿Sospechoso tú? —me sorprendí—. Cielos, Mark. Eres capaz de cualquier cosa en el mundo, menos de matar a una mujer.

—Deberías ser tú el teniente de policía —rio, irónico—. Cuando menos, tendrías fe en mí, Duncan. Bien, te dejo. Si tardo demasiado, creará que he emprendido la huida y me reclamará por la radio.

—Eres un exagerado —reí de buena gana—. Suerte, Mark.

—Lo mismo digo, Duncan. Ten cuidado con los merodeadores. Hay alguno en Santa Bárbara, que no se ocupa sólo en eso, ya lo sabes...

Asentí, recordando a Ingrid. Sí, ya lo sabía. Pero yo no había visto nada. No era testigo de nada. Me pregunté por qué iba alguien a imaginarse que yo podía saber más de la cuenta.

Cuando Mark Davis entró en el Precinto yo me alejé hacia mi *bungalow*, sin saber que muy en breve, el terror iba a hacer otra vez

acto de presencia en aquella población costera, apacible y turística, asomada al Pacífico.

El diablo andaba suelto, y ninguno sabíamos dónde se ocultaba.

Pero pronto hizo notar su presencia con otro siniestro suceso.

III

Punta Rocosa aparecía desierta ya. La temporada había terminado.

Abajo, ante los escalones de piedra y hierba que conducían a la franja arenosa de la cala, el edificio largo, de madera, del restaurante de temporada, con toldos para el sol y vidrieras asomadas al paisaje marítimo.

Contemplé todo eso, pensativo, fumando mi cigarrillo con parsimonia, inmóvil en la oscuridad de la noche, junto a los arbustos del angosto y empinado sendero descendente. Estaba recordando las palabras del teniente Morrow respecto a los Tupman. Y recordé a Ingrid. Y al hombre que estaría llegando ahora, procedente del norte de Europa, para hacerse cargo del cadáver de su bella esposa asesinada.

—¿Por qué? —musité—. ¿Por qué tienen que hacerlo? Tienen un marido, un hogar... Y lo destruyen todo. Sólo por un placer enfermizo, absurdo...

Traté de no pensar en Wilma. Ella también cometía ese error. O estaba a punto de cometerlo. No siempre era culpa de ellas, debía admitirlo. A veces, nosotros mismos lo provocábamos sin darnos cuenta. Disculpaba a Wilma. Era mujer. Podía ser débil. Pero tipos como Shelby Hammond...

La fría ira de siempre me invadió. Shelby había buscado también a Ingrid. Y sin duda buscó alguna vez a Lorelei Tupman, la del restaurante playero. Era su trabajo. Si alguna vez, alguien debía pagar muchas culpas de ajenos errores, ese alguien sería Shelby Hammond. Y tantos otros como él.

Traté de no pensar en ello. No había ido allí a pensar. Ni a amargarme. Prefería respirar el aire apacible de la noche, contemplar el cielo estrellado, con jirones de nubes, el mar oscuro, el parpadeo del faro, el aroma del aire, a yodo y salitre...

Había luz en el restaurante. Dos o tres ventanas brillaban, allá al fondo. Pero la puerta del local estaba cerrada. Tal vez hacían balance de temporada. El negocio no funcionaría hasta el año siguiente. Lorelei Tupman y sus curvas mareantes, sus faldas excesivamente cortas, sus descotes profundos... Austin Tupman, su marido, siempre silencioso, callado, taciturno, humilde casi, como si ella no fuera su mujer. Ella de mesa en mesa, provocativa, insinuante, con modales insultantes para los hombres influenciados

por el calor estival. Él, como ajeno, con su contabilidad, la cocina, los platos de mariscos, los pescados frescos, las bebidas, la sonrisa estereotipada al cliente, en la faz pálida y enjuta.

Sacudí la cabeza. Posiblemente hubiera casi veinte años de diferencia entre Lorelei y su esposo. A favor de ella, por supuesto. Pero eso no lo justificaba todo. Porque en el momento de la boda, la diferencia tuvo que ser la misma.

De todos modos, eran problemas ajenos. No me afectaban. Caminé por los escalones de piedra, descendiendo hacia la cala. Era un lugar tan bueno como otro cualquiera para tomar el aire nocturno y meditar sobre la próxima novela a escribir: *Concierto para el asesino*, ya estaba terminada y en fase de corrección. Quería iniciar algo más. Algo nuevo. Pero siempre es difícil empezar algo realmente nuevo.

Ahora estaba dándole vueltas a mi mente sobre ello. Buscando una idea nueva, realmente original. O cuando menos, poco manoseada por mis colegas del género.

No caminé mucho trecho. Me detuve de repente, viendo las luces del restaurante. Se apagó una de ellas. Quedó una, solitaria, en la oscuridad, brillando como un fanal sobre la desolada playa. Donde antes, durante todo un verano, fue bullicio y vida, ahora discurría una paz y un silencio melancólicos, llenos de la tristeza que trae siempre consigo el fin de una temporada al sol.

Fue puramente intuitivo. De súbito, noté que no estaba solo allí. Había alguien cerca de mí. A mi espalda.

Rápidamente, me volví, temiendo lo peor.

Era tarde. Mi intuición no me había fallado. Mis reflejos, sí. Llegaron una décima de segundo demasiado tarde. El agresor ya estaba sobre mí.

Era una sombra oscura, sólida y fuerte, abatiéndose hacia mis espaldas. Llevaba algo en una mano, alguna clase de arma que me golpeó.

Sentí un impacto brutal en la sien. Luego, otro en la nariz y boca, pegándome de lleno. Tan de lleno, que la sangre brotó tumultuosa de mis fosas nasales, y me cubrió el rostro. Quise gritar, y la sangre ahogó mi voz. Caí de espaldas, dando trompicones sobre los tramos de piedra. Mi atacante, que seguía siendo una masa irreconocible, moviéndose en las tinieblas, descargó otro impacto sobre mí. Traté de evitarlo, alzando los brazos.

Paré el golpe. Algo pesado, contundente, se estrelló en mis manos. Perdí el equilibrio, pese a evitar el impacto. Y me fui atrás.

Sentí que perdía contacto con el suelo, con los escalones de

piedra. Di volteretas en el vacío. Creo que grité. Me precipité ladera abajo, por una rampa de pronunciada pendiente, me golpeé en unos arbustos, acaso en alguna piedra.

Y ya no supe más.

La oscuridad de la noche se hizo más intensa a mi alrededor. Me absorbió. Y engulló, junto con mi cuerpo, todos mis sentidos corporales. Y también mi pensamiento.

* * *

Me dolía mucho la cabeza. Y también el rostro.

Toqué mi frente, mi sien. Había bultos dolorosos. Preferí no tocarlos. Mi nariz y mi boca debían estar deformadas. Noté al simple tacto, el corte de mi labio inferior. Y la hinchazón de mi nariz. Logré ponerme de rodillas entre arbustos y piedras. Era difícil, porque allí la pendiente era muy acentuada. Tuve que aferrarme a unos ramajes, respirar hondo y llenar mis pulmones con aire repleto de yodo y salitre, para rehacerme un poco.

Miré arriba. Todo aparecía en sombras. Desierto. Sin señales de vida. Sin ruidos. Solamente el rugido de motores de automóvil en la carretera, el destello fugaz de los faros, en su constante desfile en ambas direcciones.

Abajo, todo seguía igual. Arena, agua, espuma... y una luz en el restaurante cerrado. Era todo. Me moví, indeciso, tambaleante. No sabía el tiempo que pude estar allí caído. Miré mi reloj de pulsera, de esfera luminosa. Estaba roto, con el vidrio quebrado y las agujas inmóviles. Podían ser solamente las diez de la noche, cuando me dirigí a aquel lugar. O las tres de la madrugada.

Me recuperé, poco a poco. Caminé hacia la playa. Cuando alcancé la arena, hundí en ella mis pies, moviéndome con cierta lenta complacencia, como al ralenti. Algo, en el restaurante de los Tupman, me atraía inexorablemente. No sabía lo que era, pero aquella luz, fanal único en la cala desierta, era como un ojo fascinante, abierto en la noche. Un ojo que poseía fascinación sobre mi voluntad.

Tal vez era, después de todo, la simple y pura necesidad de ver a alguien, de sentirme atendido, cuidado en mis heridas.

Lo cierto es que avancé hacia el restaurante de la playa. Y lo alcancé. No escuché el menor ruido del interior. Ni sonidos, ni voces. Nada de nada. Tal vez los Tupman dormían con la luz encendida. O no hablaban entre sí mientras pasaban cuentas. Como

matrimonio, no debían ser precisamente un éxito.

Me detuve en el porche entoldado. En verano, aquélla era una terraza repleta de gente que degustaba marisco cocido ante sus propios ojos. Grandes cangrejos, langostas, moluscos... Todo ello regado con buen vino californiano o con fría cerveza de cualquier nacionalidad.

Ahora, las mesas estaban recogidas, igual que los asientos. Los carteles, anunciando la sabrosa mercancía, colgaban sobre un frigorífico de una conocida empresa de refrescantes que jamás he probado, en bien de mi equilibrio nervioso.

Todo tenía el aspecto invernal y triste que ofrece un lugar de veraneo, fuera de temporada. Miré en torno mío, pensativo, antes de aproximarme a la puerta cerrada, que golpeé decidido.

No sabía aún por qué lo hacía. Pero llamé. Los Tupman quizá pudieran ayudarme en mi actual estado. Creo que en ese momento, eran los más próximos seres humanos de quienes tenía noticia.

La puerta era metálica, de seguridad. Nadie la abrió, atendiendo a mi llamada. Insistí, con mayor fuerza. Hubo un chirrido. La puerta cedió hacia adentro.

No estaba cerrada. Dejó una abertura. La precisa para ver el interior. La sala desierta, encristalada. Sin luces. Con mesas y asientos apilados en los rincones. Al fondo, un mostrador, anaqueles de botellas, una puerta cerrada. Y una rendija de luz en ella.

Avancé, decidido. Me metí en el local. Me moví en la penumbra. Había comido a veces allí. Con Ingrid, una o dos veces. Recordé todo eso. Y las opulencias de Lorelei, la insultante Lorelei, ofreciéndose al cliente como un elemento más en el menú.

Llegué al mostrador. Lo pasé de largo, apoyando la mano en la puerta de la trastienda. Cedió la misma, como cediera antes la de la entrada. Tuve un parpadeo. La luz interior me deslumbró un instante. Luego, descubrí el saloncito con escasos muebles, un frigorífico, una pequeña cocina y una estantería donde se mezclaban heterogéneamente libros y objetos domésticos.

Entre todo eso, estaba ella. Lorelei Tupman.

La reconocí en seguida. Era pelirroja, de un cabello rojo intenso, que acusaba el tinte artificioso. De senos vigorosos, desafiantes. De caderas rotundas, de firmes muslos.

Todo eso destacaba mucho, en aquel momento. Porque lo único que lucía sobre su cuerpo opulento, bronceado por el sol, era una corta combinación de nylon, transparente, un reducido corpiño color rosa, y un brevísimo slip del mismo color.

Estaba tendida en una litera plegable, junto a un pequeño

televisor con la imagen encendida. El sonido estaba a escasa potencia. Un programa filmado aparecía en pantalla, con una persecución policíaca en una gran ciudad, al estilo de *French Connection*, pero con menos gracia.

Hubiera podido pensarse que estaba dormida, pero no era así. O cuando menos, su sueño era demasiado largo. Sin despertar posible.

Alguien le había clavado una navaja entre los pechos. Una navaja similar a la que yo encontrara, con las iniciales «T. F.», y la hoja de árbol del Canadá. Esta tal vez no tuviera esa descripción, pero idéntica en su aspecto. Asomaba su empuñadura, rígida y vertical, entre un raudal escarlata de sangre derramada, y una exultante muestra de arrogancias anatómicas.

Lorelei estaba muerta. No era sólo ese tajo profundo, sobre sus pulmones, sino otro más, que derramó abundante sangre, sobre su pecho izquierdo, hasta hender su corazón sin duda alguna.

Tenía la horrible mirada, abierta y vidriosa, de un azul marino resplandeciente, fija en la lámpara que brillaba sobre el espantoso panorama de muerte y violencia.

La señora Tupman, había seguido la misma suerte que Ingrid Ekmer. Era el segundo cadáver femenino, hermoso, espléndido... y sangrante. En sólo unas pocas fechas. En un período de escasas horas, y en un lugar donde nunca había ocurrido nada, que yo supiera.

—Dios mío... —murmuré, sintiendo náuseas. Me apoyó en el quicio de la puerta—. Otra vez. Otra vez...

Me acerqué a ella, tambaleante, dominando mi impresión inicial. Llegué ante el cadáver de Lorelei. No hacía falta ser médico para saber que no existía solución posible. Era una mujer que llevaba ya algún tiempo muerta. Toqué su piel. Estaba aún tibia. Sólo eso. Por lo demás, era un cuerpo sin el menor aliento vital.

Otro asesinato. Otro feroz, brutal y sangriento asesinato.

Otra mujer muerta. Víctima de un asesino sin piedad.

Me incliné sobre ella, tratando de ver algo más de todo lo horrible que se descubría a simple vista.

Entonces sentí a mis espaldas el roce, el rumor de pasos, el grito ronco.

Una vez más, me volví demasiado tarde.

* * *

El golpe, por fortuna, me alcanzó de soslayo. Me lanzó contra el

muro, donde choqué, derribando objetos de una vajilla, situada en un estante. Los oí hacerse añicos a mi alrededor, mientras sentía el dolor de un impacto recibido en el hombro, no lejos de mi cuello.

Al volverme, con una imprecación, el hombre venía nuevamente sobre mí. Era ágil, y su imagen resultó ante mis aturridos ojos una simple mancha borrosa. No pretendí identificarle, sino defenderme de su acoso violento. Iba armado, y era peligroso. Oí el murmullo áspero, entre sus labios contraídos:

—¡Bastardo, canalla...! ¡He de matarte también a ti, cerdo...!

Tal vez era el asesino de Lorelei Tupman. Yo no lo sabía. Sólo sabía que llevaba en su mano un arma con la que había logrado rasgar la tela de mi chaqueta, en el hombro, llegando hasta la piel y haciéndola sangrar. Al mismo tiempo, el objeto tenía cierta contundencia.

Lo comprendí cuando le vi venir hacia mi cabeza.

Era una botella quebrada, de astilladas aristas de vidrio oscuro, rezumando vino y quizá, sangre. Un arma tan silenciosa como mortífera, especialmente en una mano capaz de golpear sin escrúpulos. Y aquélla lo parecía.

Me lanzó un virulento tajo hacia el rostro. De alcanzarme, me hubiera abierto la faz en dos, limpiamente, como podría hacerlo el filo de un hacha. Pero procuré evitarlo.

Salté de lado, con una voltereta que a mí mismo me pareció inverosímil. El vidrio roto rozó mis cabellos, sin alcanzarme, salvo con el roce próximo, sibilante, del impulso dado al arma terrible. No me hirió.

Entonces entré en acción. Disparé mis piernas, con un grito ronco. Era ya un judoca en plena acción. Mis pies alcanzaron con elástico y duro impacto a mi adversario, que saltó atrás con un chillido agudo. De su mano, escapó la botella, que se fue dando volteretas, hasta estrellarse contra la pared, haciéndose añicos. Se quedó inerte ante mí. Brinqué hacia él, sin darle respiro.

Gimió cuando le di alcance. Le hiqué un puño en el estómago, y otro en el hígado. Cuando iniciaba la caída, jadeante, le pegué secamente en la nuca. Rodó como muerto a mis pies, pero yo sabía que no lo estaba. Sólo había logrado reducirle, dejarle inconsciente. A mi merced.

Casi sin aliento, me incliné. Le di vuelta. Le contemplé, atento.

Su delgada figura felina, su rostro enjuto y pálido, me resultaron familiares. Supe quién era. Se trataba de Austin Tupman, el esposo de Lorelei.

Luego, me encaminé al teléfono del restaurante.

—Está usted lleno de heridas, Roberts.

—Sí, doctor Saxon —asentí—. La realidad es que podría estar ya muerto: Pero dentro de todo, he tenido bastante suerte.

—Yo diría que tuvo mucha suerte. Tiene sangre y golpes por todas partes. Pero no va a morir de nada de esto, que yo sepa. Le bastará dejar que cicatricen las heridas. Y, sobre todo, que no vuelva a repetirse la experiencia, por supuesto.

—Por supuesto —sonreí—. En lo sucesivo, voy a ser infinitamente más cauto.

—Hará bien. En caso contrario, puede que no esté tan afortunado como ahora —Douglas Saxon, médico local, me puso el último apósito sobre la herida del hombro, y me contempló, ceñudo—. No se puede andar siempre desafiando a la fortuna. A veces, es una aliada que nos falla, Roberts.

—No lo olvidaré —me puse en pie, tomando mi chaqueta, rasgada en el hombro. Luego, caminé un poco dando unos pasos por su sala de consulta. Miré al hombre que, apoyado en el muro, junto a la puerta, no se había perdido detalle de la escena. Enarqué las cejas—. Y bien, Mark, ¿te gusta el papel de niñera?

—No, pero parece necesitar una con urgencia —soltó una carcajada burlona—. Estás hecho unos zorros, Duncan.

—Ya lo sé, maldita sea —refunfuñé, malhumorado—. Pero todo pasó. Tuvo remedio, cuando menos. Hay quien tiene peor suerte. Mark. ¿viste a... a Lorelei Tupman?

—Sí. El teniente Morrow me dejó verla. Dijo que era para identificarla, pero maldita la falta que hacía ese trámite, estando su marido allí. La vi, Roberts. Es horrible.

—Horrible, sí. Pero irremediable, Mark. Hay alguien aquí, entre nosotros... Un monstruo, un asesino de mujeres. Un enfermo sanguinario. Pero, ¿quién, Mark? ¿Quién es? Yo creí que era quien me atacó en el restaurante. Y era solamente Tupman, su marido... que ha dicho al teniente Morrow que me creía a mí el asesino de su esposa, apenas la vio muerta.

—Sufriste dos ataques, Duncan...

—Sí. El anterior fue en la bajada a la playa. Pero Tupman dice que él no fue autor de ese ataque. Que no sabe nada del mismo. Tal vez sea verdad, o tal vez no. No pude descubrir quién era el culpable del mismo.

—Resulta raro que, de repente, en una apacible comunidad, existan tantos agresores en potencia —señaló Mark Davis, ceñudo,

frotándose el mentón.

—Muy raro, sí. Quisiera entender algo de lo que sucede. Pero todo está confuso. Creo que el primer agresor pudo ser el asesino. Sólo que... no estoy seguro. No me siento seguro de nada.

—De todos modos, habrá que investigarlo a fondo. El teniente Morrow me ha dicho que la policía de Los Angeles está empeñada seriamente en ello. Puede que muy pronto haya resultados positivos.

—Es lo que acostumbra a decirse en estos casos —convine, irónico—. Puede que resulte todo bien. Lo estoy deseando, Mark. Ver a dos mujeres... como he visto a Ingrid y a Lorelei, no resulta nada agradable.

—El teniente está tan desorientado como tú o como yo —me explicó Davis con lentitud—. Y lo cierto es que, por culpa de todo ello, yo me he perdido un buen negocio.

—¿Negocio? ¿Por qué? —quise saber.

—Porque no me autoriza a abandonar Santa Bárbara, en tanto no se aclare todo. No me ha dicho que sospeche claramente de mí, pero me prohíbe ausentarme, lo cual viene a ser, poco más o menos, la misma cosa. Y con ello, mi yate se queda inmovilizado en la bahía... y un buen negocio se me va al agua. No te digo de qué clase es el negocio, para que no incurras en el delito de complicidad, Duncan.

Me eché a reír de buena gana. Mark era así, y así había que aceptarle. Después de todo, lo que decía era cierto. Sus negocios nunca eran demasiado lícitos. Valía más ignorarlos, para no verse metido en líos.

—Espero que con eso ganemos todos algo —le miré, pensativo—. Se dice que no eres mal detective, Mark.

—¿Yo? —me miró, sarcástico—. Bromeas, supongo.

—No, no bromeo. Has hecho algunas cosas con la policía de ciertos países. Te gusta investigar, curiosear, husmear en ciertas cosas... —me acerqué a él, sintiéndome algo mejor de mis heridas, y también en todo mi estado general—. Intenta hacerlo aquí, Mark. Además de ayudarte a ti mismo, es posible que logres algo para los demás, y evites alguna otra muerte, si el asesino se ha empeñado en seguir adelante con su cadena de muertes.

—No se me había ocurrido hacer nada en ese sentido —confesó, frunciendo el ceño—. Pero si me obligan, procuraré investigar por mi cuenta. Aunque me temo que todo esto anda muy difícil, muy complicado... No sé, Duncan. De no ser por alguna razón de gran peso, creo que no me metería a investigar nada.

—Esperemos que ese algo de gran peso, llegue a surgir en breve —dije, sin sospechar ni de lejos la terrible premonición que mis palabras suponían—. Ahora, vuelvo a casa. Wilma debe estar preocupada por mi ausencia. ¿Vienes, Mark?

—Tengo abajo mi coche —asintió Davis—. Si quieres, te acompaño con él a casa.

Acepté. Bajamos a la calle, tras despedirnos del doctor Saxon, que estrechó con calor mi mano, regresando a su consulta para dejar posiblemente todo en orden tras atenderme de mis heridas.

En la puerta de su valla pintada de amarillo yema, nos encontramos con la bella y joven esposa del doctor Saxon. Yo la conocía levemente, sólo de vista. Sally Saxon era muy atractiva, esbelta y distinguida. En bañador, también era sumamente seductora. La había visto a veces, hablando con Wilma en el club náutico. De cabellos oscuros, de ojos pardos, boca carnosa y una belleza morena, que daba a su figura una cierta sensualidad exótica.

Me sorprendió ver que, tras un tímido saludo, se paraba de repente, tomando de un brazo a Mark Davis. Él también la contempló, sorprendido.

—Davis... —susurró con voz ahogada.

—¿Sí? —Mark la estudió, todavía intrigado—. ¿Le ocurre algo, Sally?

—Mark, tengo miedo...

—¿Miedo? —él y yo cambiamos una rápida mirada. Pero como Sally parecía no contar conmigo en el planteamiento de sus problemas, Davis procuró tratar la cuestión personalmente—. ¿A qué puede usted tenerle miedo?

—No lo sé. Pero estoy asustada...

—Entiendo. Ha sabido lo del restaurante en la playa.

—Sí. He sabido eso y lo de Ingrid Ekmer. Pero aunque todas las mujeres de Santa Bárbara nos sintamos un poco asustadas ahora... la verdad es que mi temor es más complejo, más oscuro, menos concreto. No... no temo a un asesino, Mark.

—¿No? ¿A quién, entonces? —el interés de Davis iba en aumento.

—A... a alguien. No sé quién pueda ser, pero le temo, le presiento cerca de mí, amenazador, maligno... ¡Y aunque no sepa quién es él... a veces me doy cuenta, horrorizada, de que temo... temo a mi propio esposo!

Declaró eso bruscamente, casi como un estallido imprevisto de angustia. Rápido, Davis la aferró por el brazo, cuando ella intentó alejarse, sin aclarar más.

—Espere, Sally —la apremió, con voz tensa—. ¿Por qué dijo eso? ¿Qué teme de su marido? El doctor Saxon es una persona honorable, un ciudadano respetado en Santa Bárbara.

—Sí, sí. Lo sé. Conozco todo eso, Mark. Pero yo soy su esposa, ¿lo entiende? ¡Su esposa! ¡Y ha llegado a causarme miedo! ¡Douglas me asusta a veces... y presiento que me odia!

Luego con un sollozo quebrado, se soltó definitivamente de Mark Davis, echó a correr hacia la vivienda, y sé metió en ella, cerrando la puerta de golpe.

Nos quedamos quietos en la acera, contemplándonos fijamente. Ni Mark ni yo comentamos nada en principio. Luego, hubo un prolongado suénelo.

—Cielos, ¿qué está sucediendo en Santa Bárbara? —comenté, preocupado.

—No lo sé —suspiró Davis, encogiéndose de hombros. Su verde mirada era oscura y sombría en estos momentos—. Nunca hubiera imaginado que el doctor Saxon causara miedo a nadie... y menos a su propia esposa.

—Tal vez sea simple histerismo —sugerí.

—Tal vez —convino, no muy seguro. —Luego, dio unos pasos adelante, y comentó, bajando la cabeza—. Douglas Saxon... Es unos ocho o diez años mayor que ella, pero eso es todo. ¿Qué hay de malo en ello, si llevan algún tiempo casados? ¿Por qué Sally tiene miedo ahora?

Hice un gesto de escepticismo, y caminé a su lado, hacia el aparcamiento. Se me ocurrió de repente mirar atrás. A la fachada de la casa de los Saxon.

Arriba, en una ventana iluminada, vi la silueta y el rostro del doctor Douglas Saxon. Parecía estar contemplándonos fijamente. Al observar mi gesto, bajó el visillo. Y se metió dentro, desapareciendo del hueco iluminado.

Se lo iba a hacer notar a Mark, que caminaba a mi lado. Pero él iba taciturno, pensativo. Y juzgué que el hecho no tenía suficiente importancia como para comentarlo. De modo que seguimos adelante, hacia su automóvil.

Poco más tarde, la inquieta Wilma se tranquilizaba sobre mi estado, aunque me reprochó que no la hubiera llamado para verme en el departamento de policía, adonde fui con mi prisionero, el infortunado Tupman, después de reducirle en el restaurante de la playa.

IV

No me era posible dormir tranquilo esa noche.

Tal vez era la fiebre de mis heridas. Tal vez el nerviosismo. Lo cierto es que mi insomnio me hizo levantarme e ir a la ventana entreabierta.

Asomé al exterior, oscuro y tranquilo. Wilma dormía en su cama gemela a la mía. Había estado muy cariñosa aquella noche: un refrigerio consistente en emparedados y leche fresca, un masaje en todo mi cuerpo cansado y tullido... Luego, incluso se mostró afectuosa conmigo. Había llegado a pensar que ciertas cosas de nuestro matrimonio se habían ido definitivamente a pique. Tal vez no era así, después de todo.

Ahora, ella dormía profundamente. La contemplé, al suave reflejo de las lejanas luces exteriores, allá en las calles arboladas. Wilma era hermosa. Hermosa, joven, dulce y llena de atractivos. Tal vez no era yo el hombre adecuado para ella. Había que ver las cosas sin egoísmos. Uno no es siempre inocente. Los demás no siempre son culpables. Un tipo sentado toda su vida ante una máquina de escribir, una mujer sola y, tal vez, aburrida... Sí, no todos los errores tenían que ser suyos, ciertamente.

Asomé a la ventana. Iba a encender un cigarrillo, cuando me detuve, con el fósforo a punto de frotarse en el rascador de la carterita publicitaria.

Allá, a dos viviendas de distancia, el ventanal de un *bungalow* era visible en la noche. Alguien lo había arrendado para la temporada otoñal. Nunca había visto a aquella gente en él. Un hombre fornido y rubio, que desapareció por el fondo... y una mujer.

Una mujer con blusa y shorts, que empezaba a desprenderse de sus prendas descuidadamente. No miré por morbosidad. Era una hembra de una pieza. Alta, poderosa, plena de formas. Desvié la mirada cuando la escena cobró demasiada intimidad.

Y entonces vi al cerdo de Curley Ryker.

Mi vecino estaba en la azotea de su vivienda. Tendido cuan largo era sobre ella, ante el repecho. Con su cámara tomavistas, con el teleobjetivo poderoso aplicado. Con sus poderosos prismáticos sobre los ojos. No se quería perder detalle de la escena. Sentí náuseas hacia él.

—¡Ryker! —rugí.

Y, rápido, encendí las luces del dormitorio, abriendo de par en par las dos ventanas asomadas a aquel lado de la casa.

Mi grito y la luz le descubrieron. Pegó un respingo. La dama espléndida de la otra casa, exhaló un breve grito, miró a la ventana y se cubrió con una ínfima prenda, apresurándose a apagar la luz y cerrar luego las persianas.

Por la azotea, como una rata vil, derribando sus instrumentos de sucio espionaje, Ryker corrió hacia el acceso al interior de la casa, dirigiéndome una mirada realmente asesina.

—¡Ryker, le arrancaré la piel a tiras la próxima vez que le vea haciendo eso, asqueroso rufián! —grité con voz potente.

Un portazo fue toda la respuesta que obtuve. Sobre la azotea, yacían sus prismáticos y su cámara tomavistas. En la casa, ya ninguna ventana se abrió.

—Duncan, querido, ¿qué es lo que te ocurre ahora?

Me volví. Había despertado a Wilma. Lo lamenté de veras. Pero estaba muy hermosa, con su vaporoso deshabillé, erguida ante mí, somnolienta aún, mirándome sorprendida.

—Oh, perdona... —acaricié sus cabellos castaños, contemplé sus ojos, entre ambarinos y marrones—. No debí importunarte, pero ese maldito Ryker... estaba otra vez espiando, tomando películas a una vecina... No puedo soportarlo.,

—Lo comprendo, Duncan —miró afuera, entendiendo en seguida la situación. Me tomó por un brazo, llevándome hacia mi lecho—. Vamos, acuéstate y descansa. Lo necesitas. Deja a los demás con sus propios problemas. No eres un psiquiatra, para tratar a la gente como Ryker. Alguien le dará un día un escarmiento, no lo dudes. Ahora, descansa, te lo ruego...

Wilma no se había mostrado tan dulce y amable conmigo desde hacía tiempo. Me dominó y venció. Me dejé tender en el lecho. Acarició mi rostro, hasta que me sumí en un profundo sopor.

Creo que, de no ser por los disparos, aquella noche no hubiera vuelto a despertarme.

* * *

Los disparos.

Ellos fueron los que me sobresaltaron, arrancándome de mi profundo sueño. Me erguí de un salto en el lecho.

Habían sonado afuera, pero no muy lejos de la casa. Miré a Wilma, tan sobresaltada como yo.

—¿Qué ha sido eso? —mascullé.

—Parecían... detonaciones de arma de fuego —musitó ella.

—Lo eran —afirmé—. Seguro que lo eran, Wilma. Vamos. Hay que ver eso.

—No, Duncan, ten cuidado —suplicó—. Están sucediendo demasiadas cosas...

—Sea lo que sea, vale más afrontarlo que rehuirlo —objeté secamente. Abrí la gaveta de mi mesilla, y extraje mi pistola automática, la que había adquirido últimamente para proteger mi vida y la de Wilma de cualquier ataque exterior.

Descendí escaleras abajo, seguido por Wilma, que continuaba recomendándome la máxima cautela. Al abrir a medias la puerta del porche, mi olfato fue herido por el acre aroma de la pólvora.

—No te muevas —susurré—. No me sigas. Ha sido cerca de aquí...

—¡Duncan, cuidado! —me apremió Wilma, angustiada—. Pueden matarte...

Entonces, yo consideraba a la muerte, a mi propia muerte, como lejana e improbable. Creo que todos pensamos siempre igual... hasta que nos encontramos demasiado cerca de ella. Tanto, que ya no hay escapatoria posible.

Salí al porche. Miré en ambas direcciones, procurando imaginar de dónde llegaría el posible peligro. Lo cierto es que todo el jardín estaba quieto y en silencio. Lo mismo que la calle de aceras arboladas.

Y, sin embargo, alguien había disparado recientemente un arma. Alguien había hecho con ella tres o cuatro disparos en la noche.

No he sido nunca un experto tirador, pero sé manejar un arma de fuego adecuadamente si preciso defenderme. Y estaba dispuesto a hacerlo contra quien fuese. La esgrimí decididamente, avanzando a través del jardín.

Wilma no salió tras de mí. Pero tuvo el buen sentido de no dar luz alguna, ni en el porche ni en el vestíbulo de la casa. Eso impedía que mi figura pudiera ser un fácil blanco para cualquiera que se encontrase acechando allá afuera.

Di un paso, otro, otro... Pegado a los arbustos, la mirada fija en la sombra, temía hallarme siempre con lo peor, con lo más terrible e insospechado. Pero por el momento, no encontraba nada en mi camino. Sólo grava, hierbas, ramajes. Lo habitual en el jardín.

Todo sucedió de repente. Cuando menos lo esperaba, quizá, por estar cerca de la valla delantera de mi recinto, justo ante la calle y la farola del alumbrado público de aquel sector, tan solitario en esta

época del año.

La figura brotó de las sombras, se precipitó sobre mí con brutal impulso. No pude evitar un grito ronco, y disparé de modo instintivo.

El fogonazo me reveló una figura furtiva, rápida, un rostro pálido y velludo, una larga cabellera en desorden, y mi olfato fue herido por un fuerte olor a piel curtida.

No sé si mi disparo le hirió, pero sí logró asustarle. Se echó atrás, exhaló un grito ronco, y se precipitó hacia la salida, mascullando algo ininteligible entre dientes.

Ya en la calle, oí su carrera rápida, precipitada. Pero también Otro disparo. Y otro. Una voz gritó:

—¡Va por allá! ¡Hacia el cruce...!

Un silbato sonó en otro punto distante, Una figura se detuvo, jadeante, junto a mi cerca. Vislumbré, a contraluz, un arma de fuego humeante.

—¿Estás bien, Duncan? —sonó la voz viril.

—¡Mark! —le reconocí—. ¿Qué sucede?

—¡Es Finch, el *hippy*! ¡Lo tenemos casi acorralado! —me respondió mi amigo—. ¡No te muevas de ahí, por todo lo que más quieras!

Y se perdió a la carrera, calle abajo.

Seguí percibiendo silbatos, gritos, carreras. Pero ni un disparó más. Luego, hubo un silencio. Un largo silencio. Wilma se reunió conmigo. Nos detuvimos junto a la cerca, mirando en vano al exterior.

Por fin, Mark Davis se acercó a la puerta. Nos miró. Sacudió la cabeza, con desencanto.

—Se nos escapó —dijo—. Seguro que va herido, pero escapó de nuevo. Y... ¿sabes una cosa, Duncan? Será mejor qué te cuides mucho en lo sucesivo. Venía directamente a tu casa. E iba armado otra vez. Los policías, y yo vimos en su mano una navaja automática, como la que tú encontraste.

—Como la que mató a Lorelei Tupman... —recordé con un escalofrío.

—Sí, también como ésa. No sé lo que busca ese tal Tracy Finch, pero vino a por ti, Duncan... —señaló al suelo—. Y no hay la menor duda sobre el hecho de que va herido...

Miré. Era cierto. Sobre el asfalto y la grava de la calzada, había gotas oscuras, a intervalos. Gotas de sangre.

El día siguiente iba a ser decisivo en la historia. Pero yo no lo sabía. No podía saberlo. Como tampoco el papel que a mí me estaba reservado en todo aquello.

Lo cierto es que estaba de nuevo intensamente nuboso, amenazando lluvia inminente, y con un aire gris plomizo realmente enervante. El aire, procedente del mar, era tan intenso como molesto, y cargado de humedad.

No fue un buen amanecer. No era un buen día. Y no iba a serlo en ningún concepto.

Cuando me levanté, antes de ir a asearme, lo único que comenté fue algo grave y hosco, cuya trascendencia ignoraba entonces:

—Es un feo día. No puede ser bueno.

Wilma no me escuchó. Wilma ya no estaba en el dormitorio. Ni tampoco abajo, pese a que mi desayuno estaba a punto. Se había debido ausentar a por la compra, o por cualquier otro motivo razonable. Yo no era demasiado madrugador tampoco. El reloj señalaba las diez y media cuando me levanté de tomar mis huevos cocidos, mi *bacon* frito y mis tostadas con mantequilla.

Me dolía la cabeza. No sólo por los golpes recibidos, sino por los incidentes de la noche anterior. Había sabido luego que Mark Davis vigilaba mi casa, para protegernos. Y que el misterioso *hippy* canadiense, el buscado Tracy Finch, había intentado penetrar en ella, siendo herido en la pugna, y escabullándose de Davis y de los agentes que pusiera el teniente Morrow para colaborar con él.

Recordaba bien cómo intentó atacarme, aunque ignoraba si ya entonces iba herido o no. La enemistad del desconocido trotamundos, era un completo enigma para mí. Esperaba que su captura aclarase todo ello. Si es que se producía.

No tenía el menor deseo de empezar mi próxima novela. Es más, ni siquiera se me había ocurrido para ella un buen tema. Y aun de haberlo tenido, dudo que mi estado de ánimo me permitiese trabajar con suficiente coherencia. No era el momento de empezar, y no empecé.

Preferí tomar mi carpeta de apuntes, y salir de paseo, en busca de aire fresco, de ideas y de olvido para todo lo que no fuese mi labor literaria. Escribir novelas policíacas, no es como hacer literatura de la que luego, buena o mala, sube a la lista de los *best-sellers*. A veces se escribe mejor. Pero una novela-río, pretenciosa y cargada de efectismos, siempre resulta diferente. Al menos, para el público. Y uno vive del público.

Yo sólo escribía género de intriga, de misterio. Para vivir de ello decentemente, no basta con hacer una al año, sino una al mes. Y a

veces, ni aun eso.

Mi idea al salir de casa aquella mañana, era justamente ésa. Luego, muchas cosas imprevisibles alteraron mis planes.

Todo comenzó con la lluvia.

Las primeras gotas ya fueron gruesas y copiosas. Rápidamente, se hizo torrencial. Si algún sitio en la costa quedaba animado, se quedó en seguida desolado. Los últimos veraneantes, y los primeros turistas del otoño, se dispersaron velozmente. El triste paisaje plomizo, se quedó desierto ante mis ojos.

No me moví de mi emplazamiento en el club náutico. Alrededor, todo tenía cierto melancólico encanto de cosa triste y perdida. Era el verano que se iba. Y con él, la luz de los días radiantes, las voces de las gentes alegres, el aire, a la vez mundano y desgarrado.

Pensé en los dos crímenes. Ingrid, Lorelei... Tema vivo, palpitante. Buen tema para escribir. Estas eran muertes de verdad, sangre auténtica, derramada por un criminal desconocido. Un buen principio para una novela. Pero faltaba lo demás. Tal vez yo no era tan bueno como escritor. Ni tan imaginativo como había pensado. No se me ocurría nada. Dos víctimas, sí. Dos mujeres hermosas, jóvenes, sensuales. Como mandan los cánones. Pero, ¿quién las mató? ¿Por qué?

Mi mente se cerraba. No había móvil, no había asesino.

¿Shelby Hammond? Sólo porque me era antipático, porque era un *play-boy*, cínico y seductor.

¿Tracy Finch? El *hippy* desconocido, el sádico viajero, que mata turistas a su paso, ofrecía poca consistencia.

¿Curley Ryker, mi vecino? ¿Acaso un auténtico y terrible *Peeping Tom* que filmaba con deleite la agonía de sus hermosas víctimas? Tal vez, pero... los lectores dirían que eso resultaba demasiado fácil. Cada vez es más difícil engañar a un lector en ese juego de ingenio que supone plantearle un problema y desafiarle a que lo resuelva antes que el detective de turno.

Ahí terminaba la lista de sospechosos. Imaginarse a Austin Tupman como asesino de su esposa, podía resultar lógico. Tenía motivos. Siempre los tuvo. El pobre diablo lloraba, lamentando su muerte, pero otros asesinos lo hicieron antes, tras matar a su ser más querido. Sólo que no veía a Tupman capaz de matar también a Ingrid. Y Morrow, como yo, como Davis, como todos, pensaba que ambos crímenes eran obra de una misma mano.

Sacudí la cabeza, bajo el toldo del club náutico que, frente al embarcadero, me protegía de la intensa lluvia. Las canoas se mecían enfrente mío, amarradas a sus respectivos puntos de atraque. El

agua tenía color de plomo, y se agitaba, movida por el viento y la fuerte lluvia.

No había más ideas al respecto. Era mejor no pensar en todo aquello y crear algo convencional, pero fácil de plantear y resolver. Los misterios policíacos de la vida real, nunca resultan tan sencillos como en lo imaginado por un autor sobre una serie de folios mecanografiados.

O quizá yo no tenía imaginación suficiente. A veces, uno debe admitir sus limitaciones. Y sus fracasos.

Estaba trazando mis ideas argumentales, bastante confusas por el momento, cuando vi al doctor Saxon.

No había esperado verle por allí en ese momento. Pero estaba seguro de que era el hombre de traje claro, agitado por el aire y mojado por el aguacero, que caminaba entre las canoas y yates alineados en los embarcaderos de recreo del club. Había salido de una amplia canoa a motor, blanca y azul, la octava de una serie de ellas situadas en el embarcadero destinado a yates ligeros y a canoas de mayor calado. Le miré, intrigado, desde mi emplazamiento. Él no me descubrió. Parecía ir muy abstraído, y se perdió por la vidriera que conducía a las piscinas interiores y a las saunas del club.

Yo dirigí una nueva mirada pensativa a la canoa azul y blanca, y seguí pergeñando mi relato de misterio, mi próxima novela. Una novela que nunca se escribiría. Pero yo eso, en aquellos momentos, lo ignoraba por completo.

Cuando lo supe, ya era demasiado tarde para rectificarlo, para enmendar mi trágico destino.

En realidad, era tarde para todo.

Y eso que ese mismo día. O, para ser exactos... esa misma noche. Porque esa noche, «anoche»... yo fui asesinado.

V

Anoche.

Eso sucedía ayer por la noche. Hace sólo unas horas. Entonces culminó todo este horror que he ido desgranando en mis aislados recuerdos de tanto hecho sorprendente e ilógico, de tanto suceso desconcertante y trágico, iniciado con un sangriento crimen... y rematado con otro más, en la larga cadena de muerte y de angustia que me envolvió como un dogal asfixiante.

Ese otro crimen, iba a ser el mío propio. Así había sido decidido fría y deliberadamente por alguien.

Así se ha hecho. Así se ha llevado a cabo.

Así he sido conducido a la muerte por la misma mano misteriosa que acabó previamente con Ingrid Ekmer, con Lorelei Tupman, y con...

Pero no adelantemos acontecimientos. Eso fue anoche.

Y antes, horas antes de anochecer, hubo otros sucesos que, tal vez, guarden en sí la clave de algo. O quizá no signifiquen nada. La verdad es que no puedo saberlo. Lo cierto es que, cuanto más me aproximo al final, menos entiendo todo lo sucedido a los demás, todo lo que está a punto de sucederme a mí.

* * *

—No para de llover, Duncan.

Me volví, asintiendo ceñudo. Hice un gesto de evidente irritación, y encendí un cigarrillo.

—Es molesta la lluvia —dije—. Refresca el ambiente, pero es molesta. Sobre todo, cuando uno está nervioso.

—No sé —Mark se encogió de hombros—. Para mí, es como un sedante. Me gusta que llueva, Duncan. Supongo que no todos los humanos somos iguales, después de todo.

—Evidentemente, no lo somos —convine con sequedad. Di unos pasos por el gabinete, tras levantarme de la mesa donde acababa de tomar la cena que me preparara Wilma—. ¿Se sabe algo de ese tipo, Mark?

—¿De Tracy Finch? No, no lo cree. Morrow no me ha dicho nada. Le andan buscando. El doctor Saxon no le ha prestado asistencia médica, de modo que si está herido, puede que lo esté

pasando mal... o que se haya ido de Santa Bárbara, en busca de cualquier otro médico. Pero una herida de bala no acostumbra a curarla sin avisar a la policía... a menos que sean de esa clase de médicos que perdieron su título por actuar al margen de la ley.

—¿No han averiguado nada concreto sobre él?

—No mucho, aunque puede ser suficiente para justificar su papel en los dos asesinatos. Es cleptómano. Y le gusta mezclarse con chicas alegres, poco escrupulosas. Por desgracia para ellas, creo que Ingrid y Lorelei eran de esa clase, ¿no, Duncan?

—Sí —convine, inclinándome a apurar mi café—. Lo eran. ¿Y el esposo de Ingrid? ¿Ha llegado ya?

—¿Nils Ekmer? Creo que sí. El teniente tenía hoy una entrevista con él en el hotel *Pacífico*. Creo que el sueco llegó este mediodía, en avión. No esperan que aclare nada. Yo tampoco. Es un crimen a localizar evidentemente aquí, en California. Sin ramificaciones con el extranjero. Pudo ser cualquier otra, pero le tocó a Ingrid. Es lo que pienso yo también, Duncan.

—Sí, es lo que parece, justamente —admití—. No sé, Mark. Me siento lleno de confusión, de aturdimiento. Es horrible que ocurran cosas así. Uno escribe sobre ellas, pero vivirlas es diferente. Muy diferente.

No comentó nada. Era como aceptar que estaba de acuerdo conmigo. Mark venía ahora con frecuencia a vernos. Una amistad de pocos meses, se estaba convirtiendo en algo más estrecho, por mor de las circunstancias. A él le gustaba la acción. Estaba familiarizado con ella, como yo con mis relatos imaginarios. No sabía aún si el teniente Morrow sospechaba de él, o le utilizaba en su beneficio, como auxiliar.

—Están investigando las relaciones de Shelby Hammond con Lorelei —me explicó, tras una pausa—. Parece que ese tipo no dejó en paz a ninguna chica del lugar, ¿verdad?

—Ese cerdo... —mascullé con ira. Me contuve—. ¿Sospechan de él?

—Morrow sospecha de todos nosotros —rio de buena gana Mark Davis que, con un movimiento expresivo de cabeza, añadió—: Y yo sospecho de los demás. De modo que estamos iguales. Sí, Hammond podría ser culpable. Eso te gustaría, ¿no?

—Si es inocente, no tiene sentido que me guste o no —repliqué, irritado—. Acusar de algo así a un inocente, resultaría monstruoso.

—Es lo que pienso yo... por si se les ocurre acusarme —soltó una breve carcajada—. Bien, Duncan. Te dejo. Vi a Wilma camino de la población. Tenía que comprar unas cuantas cosas antes de que

cerrasen el supermercado. Mañana es domingo, amigo mío... y espero que, cuando menos, el asesino descanse. Y también ese merodeador misterioso, si es que no son ambos una misma persona.

Bostezó, encaminándose a la salida. Le detuvo mi voz:

—¿Vas a seguir cuidando de mí como una niñera, Mark?

Me miró desde la puerta. Se encogió de hombros, risueño.

—Tal vez un día pagues mis desvelos, y me sitúes como protagonista de una de tus novelas, Duncan —me dijo, irónico—. No seré el detective ideal con el que sueñan los lectores, pero las galas de tu ingenio, como dijo Shakespeare, pueden hacer maravillas. Buenas noches, Duncan. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Mark —le deseé, sin saber que aquella mañana, aquel domingo, no existiría prácticamente para mí.

Se cerró la puerta tras él. Sus pasos se perdieron en el jardín, bajo la lluvia. Poco más tarde, el motor de su coche le alejaba definitivamente de allí.

Me quedé solo, pensativo. Di unos pasos por la sala, distraído, con mi mente ocupada por mil asuntos diversos y confusos. Poco después, llegó un automóvil y se detuvo ante la casa. Imaginé que sería Wilma, de regreso de Santa Bárbara, pero no era así.

Al abrir, vi al doctor Saxon dirigiéndose hacia mí con paso firme. Traía su pequeño maletín en la mano.

—Buenas noches, Roberts —me saludó—. Es la hora de su inyección.

—Oh, la inyección —me quejé—. La había olvidado por completo. ¿No puede dejarlo para mañana, doctor?

—Imposible —rechazó Douglas Saxon, entrando en casa—. Mañana, si el tiempo mejora lo suficiente, Sally y yo vamos a salir en nuestra canoa, a una excursión costera hasta Long Beach. Y cuando hay heridas profundas, conviene aplicarse el tratamiento antibiótico totalmente. No hay otro remedio, Roberts.

—Bien, ¡qué le vamos a hacer! —puse un gesto de fastidio—. Adelante, doctor.

Me inyectó en pocos instantes. Era experto en tales cosas. Estaba recogiendo sus cosas, cuando sonó el teléfono.

—Un momento, doctor —pedí, alzando el aparato—. ¿Qué hay?

—¿Señor Roberts? ¿Duncan Roberts? —preguntó una voz lejana, que me resultó familiar.

—Sí, yo mismo —asentí—. ¿Quién habla?

—Soy Morrow —dijo—. El teniente Morrow, de Los Angeles. Le llamo desde el club náutico de Santa Bárbara.

—¿Qué ocurre, teniente? ¿Le sucede algo a Wilma? —pregunté,

alarmado.

—¿Su esposa? Oh, no, nada de eso. Sólo quería saber si ha visto al doctor Saxon. He llamado a su casa y no contesta el teléfono.

—Sí, está aquí —asentí—. ¿Quiere hablar con él?

—No, Roberts —su voz sonó grave—. Dígale mejor que venga para acá. Es un asunto grave. No se lo explique usted, si no puede. Es... es su esposa. Sally Saxon, ¿entiende?

—No —negué, mirando a Saxon, que al oírme hablar anteriormente, se había vuelto curiosamente, imaginando que me refería a él—. ¿Qué ha pasado?

—Sally Saxon... está muerta. Dentro de la canoa a motor propiedad de ellos,

—¿Qué?

—No es ninguna muerte natural tampoco ahora, Roberts. La asesinaron brutalmente.

* * *

El coche de Saxon y el de Wilma se cruzaron en la calle, frente a mi casa.

No había tenido valor para decirle todo. Le informé de que le había ocurrido un accidente a su esposa, y le necesitaban en el club náutico. Tal vez lo sospechaba pero fui incapaz de confirmarle nada. Se fue disparado.

Yo le acompañé a la puerta de la cerca, pese a la lluvia. Distráido, por puro gesto mecánico, abrí el buzón extrayendo una serie de cartas, que revisé hasta el porche. Me volví al oír el coche de Wilma. Respiré con alivio.

Dada la situación actual en Santa Bárbara, ver regresar a mi mujer tenía mucho de confortante. Me detuve, con un sobre en la mano, cuyo membrete me sorprendía. Iba mecanografiado a mi nombre. Y, dado su cercano origen, no tenía mucho sentido recurrir al correo:

«CURLEY RYKER

Artista fotógrafo. Los Angeles, Cal.»

Mi vecino Ryker. Me pregunté qué clase de correo podía dirigirme. Pero dejé eso de lado, al ver llegar a Wilma, presurosa bajo su impermeable amarillo y su gorro de igual tejido y color, protegiéndole la cabeza de la fuerte lluvia.

Venía cargada de paquetes. Recordé lo que dijera Davis. Era domingo al otro día. Wilma había tenido que correr mucho para encontrar algo abierto a tales horas.

—Es un día infernal —se quejó, entrando en la casa conmigo—. ¿Era el doctor quien se alejaba?

—Sí —afirme—. Ya me inyectó el antibiótico. Se va al club náutico. No sabe lo que le espera allí, Wilma.

Mi mujer me miró, sorprendida. La lluvia empapaba graciosamente su gorro, deslizándose el agua hasta su rostro.

—¿Qué ocurre, Duncan? —se alarmó.

—Lo peor —dije—. Hay una tercera víctima. Asesinada como las otras. Es Sally.

—¡Sally! —casi gritó Wilma, dejando caer sus paquetes y palideciendo intensamente—. Oh no, eso no es posible, Duncan...

—Vaya si lo es. Morrow telefoneó. Está allí ahora En la canoa de Saxon. La pobre Sally está muerta... —recordé algo—. Ella, que tenía miedo...

—¿Miedo? —los grandes ojos de Wilma me contemplaron, aturridos.

—Sí. De algo o alguien que no sabía... pero también de su propio marido.

—Duncan, ¿crees que...?

—No creo nada —resoplé, sacudiendo la cabeza—. Esto es todo un maldito lío. Pero ya son tres las mujeres asesinadas en poco tiempo. Creo que iré al club a ver lo sucedido.

—¿Tendrás suficiente valor para ello?

—Ya he soportado dos muertes, he sido atacado varias veces, espiado otras tantas... —miré la carta, agitándola, sombrío—. Y ahora, me intriga saber lo que dirá ese cochino espía de mujeres en paños menores.

Rasgué el sobre, mientras Wilma me contemplaba en silencio.

Saqué una serie de fotografías en color, tomadas con teleobjetivo. Tenían ese matiz granulado, borroso, de lo que se enfoca a larga distancia, con elementos ópticos auxiliares. Eran flores, mariposas, insectos... Todo tenía algo de artístico, con el borroso fondo de muros, ventanas desenfocadas, donde se adivinaban sombras humanas, y cosas así.

Una breve carta acompañaba aquellas copias. La leí, escéptico:

«Estimado señor Roberts:

»Mi preocupación fotográfica no es lo que usted cree, aunque a veces engañen las apariencias. Si la dama a

fotografiar no es una figura popular y famosa, no merece la pena molestarse en ello.

«Lamento interpretase mal mis aficiones. Aquí tiene evidencia de algunos de mis trabajos, hechos a plena noche, y con la luz infrarroja. Trabajo para revistas especializadas. Pero le disculpo el error, y me gustaría explicárselo todo personalmente. Le espero a tomar una copa. Si acude, me demostrará que ha comprendido.

«Gracias, y hasta pronto. Su vecino y amigo:

«Curley Ryker.»

—Miente —dije con sequedad—. Es obvio que miente, pero tiene su coartada para justificarse. Sería capaz de todo, con tal de filmar a una mujer ligera de ropa.

—¿Incluso capaz... de matar? —se estremeció Wilma, preocupada.

—Incluso eso —asentí, sombrío. Tiré las fotografías sobre la mesa, junto con la carta. Me miré el dedo. El filo de la cartulina de una de las fotos, me había rasgado el pulgar, quizá por apretarlo con demasiada fuerza. Sequé la gota de sangre, distraídamente, en mi propio pañuelo.

Luego me volví a Wilma y la miré, pensativo.

—¿Sabes una cosa? Será mejor que vengas conmigo al club náutico, querida —dije.

—Sí —ella tembló de modo ostensible, y miré afuera, a la noche oscura y lluviosa, con inquietud—. Creo que será mucho mejor, Duncan.

* * *

Wilma fue sacada rápidamente de la cabina.

La oí toser y jadear, con náuseas, allá afuera, en la cubierta de la embarcación. Mark Davis y yo, nos miramos. El teniente Morrow se volvió, tras echar la sábana sobre el cuerpo sin vida de Sally.

—Ya lo vieron todo —dijo—. ¿Qué les parece?

—Abominable —sentenció duramente Davis, encajando las mandíbulas—. El asesino se ensañó esta vez. O su odio hacia Sally Saxon fue mayor que hacia las demás... o su demencia va en aumento.

—¿Demencia? —dudé. Sacudí la cabeza, alejándome de la litera donde yacía la esposa del médico—. No parece la obra de un loco,

sino la de un ser lleno de odio, Davis.

—¿Odio? —me miró, sombrío—. ¿Por qué odio? Ha matado a tres mujeres muy diferentes entre sí: una rubia exuberante, turista extranjera. Una joven americana, dueña de un restaurante de verano. Y ahora, la esposa de un médico bien situado. Eso no tiene sentido, Duncan. A menos que sea obra de tres criminales diferentes.

—¿Tú crees eso?

—No —rechazó—. Rotundamente, no. Creo que todo es obra de una misma persona. Pero insisto: de un modo u otro, es un anormal. Su mente desvaría hacia el crimen y la sangre. Hacia la destrucción de hermosas mujeres, todas ellas jóvenes y atractivas, aunque su físico sea diferente, y las víctimas vayan desde la exuberancia insultante hasta la distinción elegante y femenina de una auténtica dama.

—Opino como Davis —apoyó el teniente Morrow, ceñudo—. Esos profundos cortes en el cuello y senos de la muchacha, las heridas mortales... Brutal y despiadado, Roberts. Una infamia completa. Voy a buscar a ese hombre, por encima de todo. Sea quien sea, le daré caza. Y recibirá su merecido, maldito sea.

No comenté nada. Estaba pensando. Pensando en todo lo sucedido. Crucé mi mirada con la de Davis. Creo que ambos tuvimos la misma idea, porque fue él quien la expuso de pronto en voz alta:

—¿Recuerdas, Duncan? —dijo—. Ella tenía miedo... Miedo a alguien.

Asentí. No dije a quién. Davis no parecía querer decirlo tampoco. Cuando hubimos salido de la canoa, dejando solos a Morrow y al abatido doctor Saxon, caminamos por el embarcadero, bajo la lluvia, hablando del asunto:

—Tú sabes a quién dijo temer Sally Saxon... —murmuré, con mis manos hundidas en mi sobretodo.

—Claro —afirmó Mark—. Pero es grave hacer insinuaciones ahora. Vale más esperar.

—¿Esperar qué? —le repliqué amargamente—. ¿Otro nuevo asesinato, Mark?

—No, supongo que no. Pero si Saxon es inocente de todo esto, imagina lo que significaría ahora para él verse acusado, señalado como sospechoso, además de tener ante sí el cadáver de su esposa.

—¿Y... si es culpable?

—Si lo es, Duncan, lo pagará —afirmó muy serio Davis—. Estoy seguro de ello.

Entonces tuve el primer dolor. Me encogí, con un espasmo. Sentí un sudor frío, viscoso, empapando de pronto mi piel bajo la lluvia.

Davis se fijó en ello. Me miró, sorprendido.

—¿Te ocurre algo? —indagó, rápido.

—No, no —negué—. Ha sido sólo un dolor. Creo que lo de esta noche ha estropeado mi digestión.

—No resulta extraño. ¿Os llevo a casa a Wilma y a ti? —preguntó.

—Sí, por favor —asentí, notando que mis manos temblaban ligeramente—. Será lo mejor, Mark.

* * *

El segundo espasmo.

Me incorporé en el lecho, sobresaltado. Ya me había acostado sintiendo un fuerte, profundo dolor en el estómago. Ahora, era algo más.

Sentía zumbiar mis sienes. Tenía fiebre. El sudor helado había vuelto a humedecer mi epidermis. Me temblaban las manos. El dolor subía hasta mi pecho, dificultando mi respiración.

Me puse en pie. Wilma dormía profundamente. Di la luz de la mesilla. Fui al aseo. Me miré en el espejo.

Sentí terror. Dilaté mis ojos, opacos y sin brillo. Apenas si me reconocí.

Estaba lívido, sudoroso, con las pupilas dilatadas, las manos estremecidas apoyándome en el lavabo. Nunca me había visto con aquel céreo color ni aquel aspecto inquietante.

—Dios mío... —susurré—. Dios mío...

Era como ver a un muerto. O a un moribundo.

Yo entonces aún no lo sabía. Pero estaba muerto. Virtualmente muerto.

Había sido asesinado ya.

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS DE MI ASESINATO

I

—Muerto... Asesinado...

—Es lo mismo, señor Roberts. Como si ya estuviera muerto. Resulta muy duro decirlo... pero usted me ha pedido la verdad completa. Sin rodeos. Estoy moralmente obligado a decírsela.

—Y la verdad es que...

—Es que no existe remedio alguno para su mal.

Me dejé caer lentamente en el borde del blanco, aséptico lecho en aquella fría habitación rectangular, de la clínica adonde me había dirigido urgentemente apenas noté que los espasmos y dolores crecían en intensidad. El doctor Saxon no estaba en condiciones de atenderme, recién muerta su esposa. Era mejor recurrir a la clínica cercana, a menos de cinco millas de Santa Bárbara.

No desperté a Wilma. Esperaba que encontrase la nota escrita por mí, y dejada en la mesilla de noche.

Ahora, en la clínica, todo tenía diferente aspecto. Tal vez no vería ya a Wilma nunca más. Ni a nadie.

—¿Qué... qué puedo hacer? —susurré.

—Nada en absoluto. Ni debe hacerlo. Se quedará aquí. Vamos a informar de todo a la policía. Y a las autoridades. El veneno utilizado es de un tipo poco o nada conocido aquí. Pero el análisis de su sangre no deja lugar a dudas. Está actuando lenta, inexorablemente. Cuando llegue a sus centros nerviosos cerebrales, se le paralizarán. Entrará en coma. Y morirá, señor Roberts...

—Moriré...

—Por eso se lo dije, virtualmente, está ya muerto —el médico me contempló, sombrío, muy pálido—. Naturalmente, no nos damos por vencidos. Haremos transfusiones, intentaremos cuanto sea

preciso, pero los análisis prueban que no existe solución para ese mal, provocado por un veneno virulento, compuesto por cuerpos de tipo tropical, bacterias o virus extraídos de algún veneno animal, posiblemente de un insecto o un reptil. Debe ser estudiado por el Departamento de Toxicología del FBI.

—Pero eso será *después* de mi muerte, por supuesto —dije, sarcástico.

—Por supuesto, señor Roberts. De todos modos insisto en que se hará...

—Todo lo posible, sí —afirmé, sintiendo otro nuevo espasmo, agudo y doloroso. Me encogí, a punto de llorar—. ¿Cómo pudo serme administrado ese veneno, doctor?

—Es tan poco conocido, que lo ignoro. Pudo ir directamente a su sangre, o pudo ingerirlo con algún líquido o alimento, pasando del estómago a las arterias. Eso, por desgracia, se comprobará también más tarde... Cuando usted...

—Cuando yo esté muerto —suspiré, asintiendo—. Doctor, quisiera hacer algo.

—¿Qué, señor Roberts?

—Ir a mi casa de nuevo, ver a las personas a quienes estimo, despedirme de todos...

—Díganos sus nombres y teléfono. Les avisaremos a todos urgentemente. Pero usted no puede moverse de aquí, compéndalo.

—¿Cuántas horas voy a vivir aún, doctor? —insistí.

—Pocas. Tal vez cuatro o cinco. Puede que alguna más, no sé. Es un veneno muy lento. Pero inexorable. Su avance hasta el punto final, es pausado, aunque fatal. Creo que incluso podría sobrevivir ocho horas, pero no más. Como ve, hay tiempo de todo. ¿Es casado?

—Sí —afirmé roncamente. Cerré los ojos—. Dios mío... estoy muerto. ¡Estoy muerto!

—Por favor, dente los nombres de sus familiares, de su esposa, su dirección y teléfono —rogó el médico—. Es mejor ir ganando tiempo ya...

—¿Tiempo? —reí con amarga ironía, sacudiendo la cabeza—. Doctor, ¿qué importa ya el tiempo para mí? ¿Qué importa, realmente, nada de nada... si voy a morir antes de que nazca un nuevo día?

El médico se volvió, al aparecer una enfermera en la puerta de mi habitación.

—Pronto, doctor Lennox —le dijo—. Urgencia. Quirófano tres.

—Un momento —me miró, pensativo—. Le enviaré una enfermera, la señorita Baker. Y luego, al doctor McAdams. Yo

también vendré, señor Roberts. Puede encargarse de sus cosas a la señorita Baker. Es muy eficiente...

Salió de la estancia, con la enfermera que viniera a buscarle. Me quedé solo en el cuarto blanco y frío de la clínica. Miré afuera, a través del cristal de la ventana. Seguía lloviendo.

Pensé en Wilma. En el teniente Morrow, en Mark Davis... También en las chicas muertas, en Shelby Hammond, en Austin Tupman, en el doctor Saxon, en Curley Ryker, en Tracy Finch, el hippy perseguido...

Y pensé en mí.

Y en un asesino.

Entonces creí comprenderlo todo.

Yo. Yo era la cuarta víctima. El asesino había golpeado de nuevo, pero con mayor astucia y crueldad que nunca. Un asesinato lento. A horas de distancia. Un frío crimen bien concebido.

Pero ¿por qué? ¿Qué pretendía con ello?

¿Por qué yo? ¿Qué papel había jugado, sin saberlo, en aquella serie sangrienta?

¿Acaso el asesino creía que yo sabía alguna cosa? ¿Acaso yo, realmente, conocía algo que podía perjudicarle decisivamente?

Todo era oscuro, inconcebible, monstruoso. Yo había estado en los trópicos. Yo sabía de cierta clase de desconocidos y siniestros venenos obtenidos de insectos o reptiles. Virus o bacterias capaces de matar, inoculadas en la sangre de un ser humano. Lo extraño era cómo pudieron inocularme tal veneno, quién pudo hacerlo...

Y, sobre todo... ¿POR QUÉ?

Abrí la ventana. Respiré un poco de aire frío y húmedo. Luego, salté por ella, hasta el césped de abajo, blandamente. Sentí un punzante dolor en mi ingle y en el abdomen, y mi cabeza osciló, con una especie de zumbido que martilleó mis sienes.

Eso fue todo. Pude cruzar el jardín, abandonar la clínica... Cuando el doctor Lennox o la enfermera Baker fueran en mi busca para aliviar mis últimas horas de vida, no encontrarían allí a nadie.

Pero tenía mi nombre. Avisarían a la policía. El teniente Morrow tardaría pocas horas en localizar a un hombre a quien conocía bien, llamado Duncan Roberts, de profesión escritor de novelas policíacas...

Pocas horas.

Eso es lo que yo necesitaba. Unas pocas horas.

No necesitaba ir a mi casa. Tenía un lugar, una vieja máquina de escribir... Wilma se acordaría de eso. Terminaría acordándose, claro. Pero la confusión del momento, el aturdimiento de la horrible

noticia, como un mazazo para ella, la haría tardar algo en reaccionar, en recuperar su memoria normal.

Cuando se acordara de mi viejo refugio olvidado, cuando localizasen el lugar adonde me dirigía, ya sería tarde. Para ellos, y para mí.

Para entonces, yo estaría muerto.

Pero también confiaba en dejar una novela. La última. Con un final, incluso. Con el nombre de mi asesino.

Estaba dispuesto a escribir todo cuanto recordaba. A rememorar detalle por detalle, desde el triste día nuboso en que encontré el cadáver de Ingrid Ekmer, en su lugar de acampamiento.

Si siempre había creado dramas policíacos, misterios literarios... ¿por qué no llegar a la verdad, a través de la misma mecánica deductiva e imaginativa del autor de novelas de crímenes, cuando el autor es la propia víctima, y el criminal una simple interrogante?

Sí... ¿Por qué no?

Esa era mi idea mientras me alejaba en la noche, bajo la lluvia, dejando atrás las luces de la moderna clínica en Ventura Beach.

Iba hacia un lugar donde escribir, donde narrar mi historia póstuma. Mis últimos días de vida. Y el día de mi muerte...

Tenía el privilegio de ser el único hombre que podía relatar su propio asesinato. Y, tal vez, descubrir a su propio asesino.

Sólo esperaba que mi última novela, fuese un éxito de Duncan Roberts. Un *best-seller*, incluso.

Para eso, sólo le faltaba algo: un final...

* * *

Un final.

Eso es lo que no encuentro, maldita sea.

Y mi tiempo se acaba ya. Se agota. Lo estoy notando. Lo advierto en cada torpe movimiento de mis manos sobre el viejo teclado, a veces inseguro y desequilibrado. En mi mirada turbia, en mis pensamientos, que parecen cada vez más difíciles, menos claros, mucho más lentos y trabajosos para hilvanar las ideas.

Esto se termina. Y con ello, debe terminar mi novela.

Mi última novela.

Pero... pero aún no sé *quién* me ha asesinado.

Ni quién asesinó a las tres muchachas, Ingrid, Lorelei y Sally. Me pregunto qué podían tener en común tres muchachas tan diferentes entre sí. Qué móvil guio al asesino para acuchillarlas ferozmente,

casi con deleite, como quien mata alimañas...

Me gustaría que fuese Shelby Hammond. Sí, me gustaría. Lo detesto. Pero eso no es un motivo. Ni es una razón para que le acusen. Quizás sea inocente, no sé. La verdad es que *podría* ser el asesino. Pero eso tampoco es una evidencia.

También pude haberlo sido yo, si el teniente Morrow se hubiera empeñado en sospechar de mí. Recuerden que encontré el cuerpo de Ingrid, el de Lorelei... Que estuve en el club náutico el día mismo en que mataron a Sally...

Pero creo que nadie tuvo nunca mejor ni más maldita coartada. Cuando esté muerto, asesinado por un virus tropical desconocido, ¿quién diablos podrá afirmar que yo pude ser un asesino?

No. Eso me descarta por completo de cualquier sospecha. Espero que otras personas más inteligentes que yo, saquen consecuencias de todo esto, y descubran a un posible culpable.

Aquí está cuanto yo sé del asunto, cuanto he vivido y he razonado, cuanto he hablado con los sospechosos, cuando he hecho, salvo las naturales lagunas que toda historia personal posee, y más si se trata de un relato fragmentado, inconexo a veces. Admito que no todo está completo. Pero si alguien es lo bastante inteligente, podrá completarlo, como las piezas de un *puzzle* desordenado, dándole a todo un sentido lógico y correcto.

Quizás espero demasiado de los demás. Tal vez nunca se descubra quién mató a Duncan Roberts, el autor de misterios policíacos.

Donde esté entonces, me sentiré defraudado. Profundamente defraudado, de que este relato magistral, termine estúpidamente, con un final que no lo es, Significaría el mayor desastre de mi novela.

Si, al menos, tardan en descubrirlo todo... esto tendrá un final. Y alguien le pondrá la única palabra que yo, pese a estar aquí, en este viejo apartamento deshabitado, con mi antigua máquina ya olvidada, escribiendo los últimos folios de mi postrera novela, no puedo poner a mi original.

Esa palabra, naturalmente es... es la palabra FIN.

Lo siento, Wilma. De veras lo siento. Por ti, por mí, por todos. Pero éste... éste *sí* es mi... *mi propio fin*...

(y la máquina tecleó al final. La máquina disparó seis letras rápidas, cuando los dedos desesperados, agarrotados por la muerte, de Duncan Roberts, golpearon las teclas respectivas, en un supremo esfuerzo

que agotó sus últimas energías vitales.

Tecleó seis letras.

Seis letras escritas al final de un relato sin desenlace:

THE END)¹

* * *

—Fin... —repitió sordamente el teniente Morrow. Contempló el cadáver de Duncan Roberts, abatido sobre la máquina de escribir. La última hoja, en el rodillo, con la palabra final, en mayúsculas, a mitad de la página. Sacudió la cabeza, perplejo, realmente aturdido —. Cielos, estaba loco... Pudo esperar, confiar en un milagro clínico... y prefirió esto. Un final digno de su carrera, de su trabajo, de su vida toda. Murió escribiendo... Escribiendo su última novela...

Contempló el montón de folios, escritos torpe pero rápidamente, casi contra reloj. Contra el ritmo mismo de una vida que se agota por momentos. Y él lo sabía. Lo supo siempre desde que comenzó su novela inconclusa.

—Si al menos hubiera revelado algo... —murmuró Morrow, desalentado, leyendo el final una vez más. Se volvió a los agentes que le acompañaban, a Mark Davis, que estaba cerca de él contemplando ensombrecido el cuerpo de su amigo. Y también al exterior, donde otros agentes sujetaban a Wilma Roberts, impidiéndole entrar. Estaba amaneciendo en la costa. Un frío amanecer de un domingo triste y nuboso, en los inicios del otoño californiano—. Mark, tal vez leyendo todo eso salga algo concreto, ¿no le parece?

—No sé —Davis se encogió de hombros—. Tal vez teniente...

Y volvió a contemplar a su amigo. Duncan Roberts reposaba tranquilamente, apaciblemente sobre la máquina. Un brazo colgaba hasta casi rozar el suelo. Otro, se apoyaba con fuerza en las teclas, hundidas por los dedos que escribieron débilmente, en su último momento de vida, las letras E-N-D. Tocó su cabeza, de cabello revuelto, sudoroso ahora por la transpiración viscosa de la muerte.

Los ojos de Roberts, vidriados, parecían mirar un punto lejano. Casi sonreía, como esperanzado en que su esfuerzo supremo no fue inútil, y su novela sin final sirviera de algo a los demás.

—Ya pueden dejar que ella pase —dijo penosamente Morrow a los policías, refiriéndose a Wilma, que sollozaba afuera—. Después de todo, su aspecto no es tan terrible como imaginé. Aparte esa coloración azulada de su piel... su gesto es tranquilo, casi risueño...

Es como si, desde donde ahora está, al conocer el verdadero final de su novela, se dijera que no todo era tan difícil... y se burlase un poco de todos nosotros...

Mark no dijo nada. Viendo cómo Morrow recogía todos los folios en una bolsa de plástico, sin tocarlos siquiera, se encaminó a la salida. Allí se cruzó con Wilma, que entraba a ver el cadáver de su esposo. Ambos se miraron gravemente.

—Mark... —musitó la joven.

—Lo siento, Wilma —dijo él con voz ronca—. Duncan hizo lo que consideró mejor para él y para todos... Quizás tuvo razón, después de todo.

Y salió. Estaba ya algo alejado cuando oyó llorar a Wilma. Se alegró de no estar presente.

II

—...Acepta nuestras súplicas, señor, y acoge a quien ha dejado este mundo para siempre, y ya sólo espera la eterna bienaventuranza de tu perdón y misericordia infinitos...

El sermón del sacerdote tocó a su fin. El sencillo funeral terminó, en el pequeño cementerio de suelo cuidado, de césped y piedrecillas.

Duncan Roberts reposaba ya en su última morada. El escritor había terminado su senda por la vida, sus novelas, su existencia toda. Ya no era sino un recuerdo aún cercano. Pronto, ya no sería ni siquiera eso. Pero aún estaba todo demasiado reciente. Wilma vestía de oscuro, estaba pálida y lloraba.

Mark Davis escoltaba a la joven viuda. Shelby Hammond lo había intentado también, pero Davis le arrojó de allí con cajas destempladas. No pudo hacer igual con Ryker, el vecino de Roberts. Ni con el doctor Saxon, asistente al funeral. Pero estaba seguro de que Roberts, desde su nuevo lugar, estaría complacido de que el guapo y atlético Shelby no se hallase presente en su funeral.

El teniente Morrow, situado algo más allá, daba vueltas a su sombrero flexible entre las manos. No llovía ese martes, señalado para el funeral. Pero el cielo californiano era nuboso y tristón. Las gaviotas chillaban allá lejos, en la costa, como su despedida al hombre que gustaba de oírlas en los fines del verano.

La sencilla lápida fue depositada sobre la tumba:

«AQUI YACE DUNCAN ROBERTS.
NUNCA SERA OLVIDADO.»

Se añadía la fecha de su fallecimiento, y poca cosa más. Era el fin de un camino. De una vida. No lejos de él, reposaban Lorelei Tupman, Sally Saxon... Sólo Ingrid Ekmer había volado rumbo a Estocolmo, para ser enterrada allí.

—Aquí se cierra todo —dijo amargamente Davis—. O se abre un nuevo círculo, no sé...

Wilma le miró de reojo, con sus tristes ojos húmedos. Mark Davis oprimió su mano con calor. Contempló el nombre de Duncan en la lápida reciente. Empezaron a alejarse todos silenciosamente, en respetuosa actitud.

—Supongo que pronto te marcharás ahora de aquí... —susurró

Wilma a su amigo.

—Eso depende en parte del teniente —comentó Mark—. Sigo siendo un sospechoso para él.

—Ya no lo creo. Después de lo de Duncan... y si ha leído su relato... no es fácil que sospeche de ti. Fuiste su mejor amigo. Creo que el único, Mark.

—Sí, es agradable leer algo así, cuando uno ha apreciado a alguien —admitió Davis, pensativo—. Pero dejemos eso, Wilma. Habrá tiempo de comentar esas cosas. Ahora es preciso olvidar...

—Nunca se olvida realmente, Mark.

—Pero se intenta, al menos —suspiró él—. Ahora, Wilma, debes intentarlo. Tú, por encima de todos los demás...

* * *

Dejó a un lado las hojas fotocopiadas.

Era la segunda vez que leía la historia de Duncan Roberts. Desde su inicio, hasta la palabra final.

Reflexionó, mientras fumaba un cigarrillo, tendido en su litera, en el camarote del pequeño yate que fondeaba ante las playas de Santa Bárbara. Por su mente, desfilaron escenas y situaciones mencionadas allí por su amigo.

Sí. Todo era igual. O casi igual. Personalmente, no recordaba diferencia alguna entre lo que se habló o hizo, y lo que recordara Duncan en su relato. Él siempre había sido un hombre de excelente memoria. Esta no le falló ni siquiera cuando se le aproximaba la muerte. Por el contrario, parecía haberse recreado en evocar minuciosamente cada escena, cada suceso de aquel extraño y alucinante mosaico sangriento.

Mark Davis entornó los ojos, perdidos en la vista situada más allá del ojo de buey de su camarote, en el panorama gris, surcado de gaviotas. Volaban bajas. Eso significaba más lluvia.

Tal vez había algo que se le escapaba, pero estaba seguro de que en alguna parte de su póstuma novela, que no era tal, algún detalle era significativo, algo parecía sugerir o revelar alguna cosa... Pero se le escapaba. Davis no atinaba a ver esa oculta clave que, quizás, tampoco llegó a descubrir en vida Roberts, al transcribir sus sensaciones y recuerdos al papel mecanografiado.

Y quizá ese detalle, pensó, había causado la muerte de Roberts. Todo porque el asesino sí se fijó en ese dato, en ese indicio revelador, y tuvo miedo de que el escritor llegase a advertirlo

alguna vez, acusándole de sus delitos entonces.

Sólo había una razón posible, que justificara la muerte de Roberts: el hecho de que él había sido, sin saberlo, testigo de algo.

Pero, ¿testigo de qué?

Repasó Davis mentalmente las descripciones de los tres asesinatos. Sólo en dos de ellos llegó a ser el que descubrió los cuerpos: Ingrid Ekmer y Lorelei Tupman. Revisando aquellas descripciones, no encontró nada tampoco. Ni en lo referente a la muerte súbita e imprevisible de la señora Saxon.

Entonces..., ¿dónde estaba el indicio revelador, la clave del misterio, que costó la vida a Duncan Roberts?

Era inútil. No lo encontraría, si se esforzaba en leerlo una y otra vez, en darle vueltas y más vueltas al texto. No ahora. No en este momento. En cualquier caso, siempre dispondría de esa especie de declaración llegada desde más allá de la tumba, con la firma de Duncan Roberts. El teniente Morrow había procurado hacer varias fotocopias de cada folio, en previsión de lo que pudiera suceder. El examen del texto, había probado a la policía que sólo Roberts escribió aquel relato, sin injerencia de persona extraña alguna. Eso era lo que le daba precisamente su valor especial.

Mark se dijo que era mejor olvidar momentáneamente la historia de su amigo, tal como estaba allí escrita.

Y recorrer el camino sobre la propia realidad, enfrentarse a personajes de carne y hueso y no de papel.

Tal vez eso, le condujese definitivamente a alguna parte.

* * *

—¿Por qué hace usted esto, Davis?

—Por él, doctor Saxon. Por mi amigo Duncan. Y también por su esposa. Creo que es justo que siga adelante con lo que él esperaba que yo investigase. Decía que yo era buen detective. Quisiera probármelo a mí mismo. Y dar la razón a Duncan.

—Bien... —el médico paseó por su consultorio, pensativo. No parecía complacido con su visita, pero era un hombre correcto, que sabía disimular sus sentimientos—. ¿Puede saberse en qué sería yo capaz de ayudarle, Davis?

—En algunas cosas, doctor. Por ejemplo: ¿por qué su esposa le tenía miedo?

La brusca pregunta de Mark, temó por sorpresa al médico. Este dio un respingo, y se volvió, sobresaltado, clavando sus ojos

inquietos en Mark.

—¿Quién pudo decirle tal cosa, Davis? —replicó con acritud.

—Ella misma, doctor.

—¡Imposible! Sally... Sally no pudo decir algo así de mí...

—Me lo dijo delante de Duncan. Ambos pudimos oírla y entenderla perfectamente. Se lo mencionamos al teniente Morrow, pero sin citar su nombre, doctor.

—¿Por qué no lo hicieron? Era lo justo en tal caso ¿no cree? —preguntó amargamente el médico.

—No quisimos poner las cosas más difíciles, recién muerta su esposa. Si usted es inocente de esa muerte era demasiado cruel desviar hacia usted las sospechas policiales.

—¿Yo, inocente? —Saxon dilató sus ojos—. ¡Cielos Davis, jamás hubiera causado el menor daño a Sally ¡La quería demasiado para eso...!

—De modo que la quería usted. ¿No le temía ella entonces?

—Pues... sí —inclinó la cabeza Saxon, vencido—. Cree que últimamente, sí tenía motivos para sentir cierto miedo. Sólo que era infundado. Le repito que antes me hubiera puesto ante ella, para morir defendiéndola que causarle el más leve daño.

—Entonces, no lo entiendo muy bien, doctor... —confesó Mark Davis, ceñudo—. Claro que no tiene por qué contestarme. Yo no soy la policía.

—¿Qué importa eso? Puedo decírselo a usted y a cualquier otro. Quizá incluso sea mejor así, Davis. A fin de cuentas, usted conoce a la gente de este lugar sabe por qué suceden muchas cosas que no debieran suceder... Y me estoy refiriendo a esos rufianes que viven de las damas, que las acosan, sólo para cautivarlas y sacar de ellas cuanto pueden, sin el menor escrúpulo, ya sea de grado, o por la fuerza, recurriendo incluso a la coacción o el chantaje, si es preciso.

—Cualquiera diría que me está haciendo un retrato de Shelby Hammond —sonrió, sarcástico, Davis.

—Eso es lo que estoy haciendo, sí —encajó sus labios con fría ira. —Shelby Hammond, el vividor, el granuja arrogante, bien parecido, con éxito entre las mujeres... Un *play-boy* sin conciencia.

—¿Ocurrió algo con su esposa?

—No. Pero pudo ocurrir. El la cortejó. Lo hace con habilidad. Ellas lo encuentran agradable, cautivador, mundano... Cuando quieren darse cuenta, han caído en el cepo, y deben seguir adelante o arrostrarlo todo. Y en ese todo está, quizá, la vergüenza del escándalo, si tienen hogar y un esposo. Cosa que, desgraciadamente, así es casi siempre, con las víctimas de ese cerdo.

—De modo que Roberts tenía razón en odiarle tanto.

—Toda la razón del mundo. También lo intentó con Wilma, pero estoy seguro de que, pese a los celos de Duncan, ella jamás cedió. Lo mismo que ocurrió con Sally. Pero yo, enterado de que podía cometer una tontería por encubrir lo que primero pensó era una buena amistad, la avisé de que no cediera a presiones, y aceptase incluso el escándalo, si era preciso. Pero no debía de darle dinero, ni callarme nada. Si ese tipo, Hammond, se ponía difícil, yo me encargaría de él. Eso asustó a Sally, que tuvo miedo. De él, de mí, de todo lo que podía llegar a suceder.

—Y entonces la mataron.

—Exacto, Davis —sus labios rechinaron—. Entonces la mataron.

—Un chantajista de la especie de Hammond, no me parece lo más idóneo para sospechar de él como asesino.

—Eso, nunca se sabe. El que es capaz de hacer lo que hace ese rufián, sería capaz de todo lo peor, estoy seguro. Y recuerde que su técnica es siempre idéntica, con otras muchas mujeres.

—Mujeres que también están muertas —comentó Davis, como al azar.

—Sí, cuando menos dos de ellas: esa muchacha sueca y la señora Tupman —el doctor Saxon le miró, inquieto—. ¿Qué está pensando, Davis? ¿Que Shelby Hammond pudo tener algo que ver con todos los crímenes?

—Cuando menos, él es el factor común a todas las mujeres asesinadas, doctor Saxon. Y eso me hace pensar que es el momento de hacerle una visita.

* * *

—¿Qué es lo que quiere, Davis?

—Que me abra, Hammond. Eso ante todo.

—No tengo ganas de recibir visitas —sonó tras la puerta, sujeta con cadena de seguridad—. Márchese, ¿quiere?

—No, no me iré. Le conviene recibirme, Hammond. O volveré con el teniente Morrow.

—Ya he hablado dos o tres veces con ese policía. No tengo nada más que añadir. Y menos a usted.

—Hammond, le dije que abriese. No me gusta ponerme violento.

—Me tiene sin cuidado como se ponga —graznó el *play-boy*, asomando su bien peinada cabeza por el hueco. Su gesto era despectivo—. Estoy en mi casa, y puedo hacer lo que me dé la gana.

Iba a cerrar la puerta, cuando Mark Davis dejó de lado las contemplaciones. Su cuerpo fuerte, musculoso, cargó violentamente contra la puerta. Lo hizo con poderoso impulso, y a la vez descargó una seca, brutal patada contra la hoja de madera.

La cadena resistió, pero no el resto de la puerta, que crujió, astillándose, desprendiéndose en parte de sus bisagras, y cediendo asimismo el orificio de metal en que se introducía la cabeza. Al caer aquél, ésta colgó inútil, y la entrada quedó expedita.

—¿Qué diablos pretende? —aulló Shelby Hammond, echándose atrás, aturdido. Pero, sin duda escarmentado por la anterior incursión violenta de su adversario, Duncan Roberts, ahora demostró hallarse prevenido contra una situación similar.

Su mano, rígida, fue a una gaveta del mueble del recibidor, extrayendo de allí una navaja automática, que chascó al abrirse en su mano, y dirigir su lengua de rígido acero hacia el intruso.

—Cuidado con ese juguetito —avisó Davis, sibilante, parándose en seco, muy alerta—. Si me hiere, pondrá peor las cosas. Un arma así ha servido para matar a tres mujeres, Hammond. Tres mujeres a las que usted pretendió sacar dinero, lográndolo en parte.

—¡Es mi casa, y tengo todos mis derechos! —aulló el tarzanesco joven de arrogante figura y cuidado aspecto, centelleantes sus ojos—. ¡No estoy dispuesto a tolerar más atropellos, maldita sea!

Le tiró un golpe de navaja a Davis. Este lo eludió como una centella, fintando hábilmente de costado, para aferrar una cortina, de la cual tiró con brutalidad, arrojándola luego, hecha un ovillo, sobre la mano armada de Hammond.

El vividor pretendió en vano atacar, con su mano y su navaja enredadas en los pliegues de la tela. Maldijo obscenamente, y buscó con su zurda un jarrón, para estrellarlo sobre la cabeza de Davis.

Este también eludió el golpe, estrellándose el objeto en el muro, y haciéndose pedazos. Rápido, Davis cargó sobre Hammond, y le disparó rápidamente una serie de impactos con ambos puños, machacando inexorablemente su mentón, su hígado y su estómago, hasta que, sin aliento, le vio caer a sus pies.

Le arrancó la navaja de la mano, tras quitar el cortinaje, y le puso un pie en el cuello, resoplando.

—Así está mejor, sucio bastardo —silabeó—. Vas a hablarme de todo lo que me interesa saber. Y luego, el teniente Morrow te hará una visita para saber cómo aprendiste a manejar la navaja.

—¡No diré nada! —jadeó el vencido—. ¡No tengo nada que decir! ¡Esto es una canallada, un atropello vergonzoso, por el que le haré ir a la cárcel...!

—No será la primera vez —rió huecamente Davis—. Pero si logro demostrar que mataste a las tres chicas y envenenaste luego a Duncan Roberts, tú si vas a ir por primera y última vez, amigo. Con suerte te quedarás para siempre en una celda. Eso, si no se aprueba definitivamente la pena capital otra vez, y vas directo a San Quintín.

—¡Miente! ¡Yo no hice nada a nadie! —desorbitó sus ojos—. ¡No me colgarán a mí ese sambenito, Davis! ¡Es una sucia, una cochina trama para perderme! ¡Forma parte de la venganza de Roberts!

—Roberts está muerto ya, y no puede vengarse de nadie, pero yo lo haré por él, Hammond. Y contigo resultará doble placer —masculló Mark con fría ira—. Tuviste líos con Ingrid Ekmer y con Lorelei Tupman. Sacaste dinero a ambas. E intentaste lo mismo con Sally Saxon, pero te falló, ¿no es cierto? Ella no se dejó intimidar, ni su marido temía el escándalo. Pudiste matar a las dos primeras para que no te denunciaran a la ley. Y a Sally, en un acceso de furia, porque te negó el dinero. Fue un crimen particularmente feroz, cometido con ensañamiento, Hammond.

Lívido, el joven granuja se debatía en el suelo, forcejeando por incorporarse y protestar. Pero Davis era implacable, y le retenía a viva fuerza allí.

—¡Juro que no! —chilló—. ¡No les hice daño alguno! ¡Es cierto que la señora Saxon se enfrentó a mí sin ceder, pero yo no le hice nada! ¡Nunca llegué a la violencia con las chicas, Davis! ¡Lo juro! ¡Tiene que creerme!

—No, yo no tengo que creer nada. Si acaso, el juez o el fiscal. También Wilma Roberts estaba en tu lista, ¿no es cierto? Y para deshacerte de su esposo y tener fácil la víctima, resolviste recurrir al veneno en esta ocasión. Así eras tú quien te vengabas de la paliza que te administró Duncan. Como ves, todo encaja. Será un caso perfecto.

—¡Eso no es verdad! ¡No tenía motivos para matar a Roberts! ¡Su mujer ni siquiera había caído en la trampa, aunque le tendí mis redes! ¡Se dio cuenta a tiempo y dio marcha atrás, tratándome con mucha dureza! Es una mujer muy entera y firme. Me logró asustar. ¿Por qué iba yo a hacer nada a su marido? Y menos habiéndome golpeado. Todo el mundo pensaría entonces en una revancha. Sólo un estúpido haría algo así, ¿no lo comprende?

—Sólo veo que, si deciden elegir un sospechoso para arrestarle y acusarle formalmente de todo, tienes un noventa y cinco por ciento de posibilidades de ser tú, Shelby Hammond —dijo fríamente Davis, quitándole el pie del cuello—. Quiero creer que a mí me has dicho

la verdad. Pero eso no te bastará si son otros los que vienen a por ti. Harás bien preparándote una buena coartada y dando solidez a tus argumentos... o te verás metido en un buen lío, Hammond.

—¡No, Davis, usted puede decirles...! —le oyó jadear a sus espaldas—. ¡La señora Roberts sabe que así han sido las cosas...! ¡Yo nunca he sido violento con nadie! ¡No he matado a nadie!

Mark Davis estaba tentado de creerle. Pero se limitó a alejarse, sin dignarse siquiera responder a las protestas y quejas del apaleado *play-boy*.

III

—Sí, Mark. Es cierto. Hammond ha dicho la verdad.

—De modo que estuviste a punto de ser una víctima más de Shelby Hammond.

—Sabe hacerlo muy bien. Elige a mujeres que no se llevan muy bien con sus maridos... y tiende con habilidad las redes. Por fortuna, me di cuenta a tiempo.

Davis la miró con fijeza. Su pregunta resultó seria, pensativa:

—¿No te llevabas bien con tu marido?

—Bueno, las relaciones se habían puesto algo tirantes últimamente. No sé quién empezó, pero supe que él tenía algo con Ingrid Ekmer... y él supo que yo me dejaba acompañar por Shelby Hammond. Debió pensar lo peor de mí. Eso empeoró las cosas. Duncan tenía un carácter especial en ese terreno. Consideraba que una mujer debe serle siempre fiel al esposo, por encima de todo. Yo se lo fui, pero no estoy segura de que él lo creyera así.

—Entiendo. Por eso era tan grande su odio hacia Hammond.

—Sí, Mark. Nunca le hubiera logrado disuadir de algo que él pensara firmemente. Últimamente sufrí mucho con todo eso. Y creo que él también.

—Sea como sea, eso ha terminado ya, Wilma. Sólo interesa saber qué sucedió exactamente. Y es en lo que estoy metido.

—¿Tanto te preocupa saber quién cometió esos asesinatos?

—Sí, me preocupa. Por varias razones. Entre ellas, por algo que Duncan me dijo un día. Él estaba seguro de que yo podía investigar y descubrir lo que ocurría en Santa Bárbara. Lo repite en su escrito, ya lo habrás advertido. No quisiera defraudarle;

—Has mencionado más razones.

—Bueno, una de ellas... eres tú, Wilma.

—¿Yo? —se sorprendió ella, mirándole con ojos muy abiertos—. ¿Por qué yo?

—Porque eres una mujer hermosa también. Y joven, y atractiva... Han muerto tres así en poco tiempo. Ahora, no existe Duncan para protegerte de cualquier peligro. Creo que él pensaría antes de morir que si alguien era capaz de defenderte, ese alguien sería yo. Estoy dispuesto a desenmascarar cuanto antes al asesino, sea quien sea. Sólo así espero impedir que corras riesgo alguno.

Hubo una pausa. Wilma le contempló, con expresión grave. Paseó por el que fuera gabinete de trabajo de Duncan Roberts. Ahora, la funda de hule cubría su máquina de escribir, ya silenciosa. Al lado, estaba su novela terminada, *Concierto para el asesino*, esperando la corrección para ir al editor.

Se detuvo ella de pronto. Se quedó mirando a su amigo, muy fija.

—Estás dando a entender que mi vida peligra —murmuró.

—Tal vez sean sólo aprensiones mías. Pero vale más estar prevenido, Wilma.

—¿Crees que el asesino no ha terminado su racha sangrienta con Duncan?

—Creo que no ha terminado —asintió Davis fríamente—. Es una corazonada. El instinto me dice que falta algo. Quizá un último golpe. Una muerte más.

—¿La mía, Mark?

El bajó la cabeza, ceñudo. Se limitó a responder, escueto:

—No va a ser así. Yo me encargo de ello.

—No es un anuncio muy alentador el tuyo —comentó ella, pensativa—. Vivo sola, en esta casa que fue la nuestra. Cualquier noche, puede llegar el asesino y atacarme.

—Creo que el asesino es alguien que conocemos tú, yo y todos los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se trata de ningún merodeador que necesite entrar, en tu casa durante la noche, para agredirte. Puede ser una visita aparentemente inofensiva, incluso un amigo... Yo mismo, Wilma, podría ser el hombre que viniera a matarte.

—¿Tú? —ella le mito, asombrada. Luego, su rostro se ensombreció—. Mark, sé que bromeas, pero entiendo tu intención.

—Exacto. Es muy peligroso que te confíes. No debes hacerlo con nadie. Sea quien sea la persona que te venga a ver, no le des nunca la espalda, no te quedes a solas con ella, no dejes de vigilar, di que

esperas a alguien de un momento a otro... Y, a ser posible, avísame en el acto. Sin perder, un momento, Wilma.

—Has logrado asustarme, Mark.

—Es mejor que tengas miedo y vigiles, a que te confíes y cuando quieras darte cuenta, sea demasiado tarde, Wilma... —Mark paseó por la estancia, nerviosamente—. Wilma, la noche de la muerte de Duncan, tú estuviste con él en casa, ¿no es cierto?

—Bueno, no todo el tiempo. Era sábado, y había olvidado comprar unas cosas. Tomé el coche y fui al supermercado de Santa Bárbara, el único que permanece abierto en sábado por la tarde. Dejé a Duncan su cena preparada. Cuando llegué, el doctor Saxon salía, y él me esperaba. Recogió entonces el correo, y encontró la carta de Ryker.

—Sí, ya lo recuerdo —Davis frunció el ceño—. Todo eso está mencionado en su novela, detalle a detalle. Yo me marché, llegó Saxon, luego llegaste tú al irse Saxon. El cenó, recibió una inyección de Saxon...

—¿Qué estás buscando, exactamente?

—El modo en que pudo recibir el veneno tropical. He hablado con el toxicólogo de Los Angeles. Es un virus rarísimo, ponzoñoso y terrible. Afecta primero a la sangre, luego a los centros nerviosos, hasta producir una muerte lenta, no demasiado dolorosa, pero sí con espasmos y náuseas. Puede ser inoculado el virus en la sangre, directamente... o a través de alimentos o bebidas. Es una dosis muy leve, insípida e incolora en su forma licuada. Si va a la sangre directamente, es en forma de virus cultivados debidamente.

—¿Cómo crees que le fue administrado el origen de su dolencia mortal?

—No lo sé, Wilma. Si tú le preparaste la cena, alguien más pudo manipular en ella, al marcharte tú. Pero Duncan sólo me cita a mí como visita de esa noche. Luego, habla de Saxon.

—¡Y Saxon le inyectó un antibiótico! —la viuda miró con viveza a Davis.

—Ya lo he pensado. Pudo no ser un antibiótico, sino una solución intramuscular, para inyectarle en el organismo el virus... —Davis movió la cabeza—. No veo otros medios posibles, Wilma. Luego llegaste tú ya, y os marchasteis al club náutico, donde le empezaron los síntomas iniciales, aquellos leves espasmos al salir de la canoa de los Saxon.

—Entonces, sólo existen esos dos medios, porque no hubo ninguna otra posibilidad. Al informarme de la muerte de Sally, estaba con la correspondencia y... ¡La carta, Mark!

—¿La carta? —Davis frunció el ceño—. ¿Qué carta?

—La de Ryker. ¿Recuerdas? Tenía unas fotografías. Y él...

—¡Ya recuerdo! —la interrumpió Mark—. El borde de la fotografía, el corte... ¿Sangró por él, Wilma? En su relato cita una gota de sangre.

—Creo que fueron varias. Pero se secó pronto. No se quejó más por ello.

—El corte del dedo... La fotografía... Wilma, ¿dónde están esas fotografías de Ryker?

—No sé... Ignoro dónde las puso Duncan.

—Hay que encontrarlas. Y manipularlas cuidadosamente. Si el virus fue depositado en sus bordes, y se eligió una cartulina particularmente dura y afilada, para provocar el corte en la piel de Duncan, habría que reconocer en Curley Ryker o en quien lo hiciera, una astucia e inventiva fuera de lo común. Aparte la gran suerte que supone para el asesino que, efectivamente, Roberts se corte con la fotografía infectada.

—Buscaré esas fotografías. En cuanto las vea, recordaré cuáles eran. Usaré guantes de goma para manejarlas, y te las guardaré en un sobre hermético.

—Perfecto —asintió Davis—. Ahora, Wilma, creo que ya sólo me quedan dos cosas por investigar. Y dos personas.

—¿Dos?

—Una de las cuales, desgraciadamente, no está a mi alcance todavía. Se trata del hombre que atacó a Duncan en el jardín, el que merodeaba en esta casa.

—¿El *hippy* canadiense? —se estremeció ella—. Casi lo había olvidado ya por completo.

—Yo, no. No olvido nada. Y sigo preguntándome qué buscaba por aquí ese individuo.

—¿Pudo ser el que golpeó e hirió a Duncan en la playa, la noche que mataron a Lorelei Tupman?

—Si él fue el asesino, sí. Estoy convencido de que Duncan fue atacado por el hombre que mató a Lorelei. El segundo agresor, Austin Tupman, no debió de ser el mismo. No creo a ese hostelero autor de los crímenes. Pudo matar a su esposa solamente, pero a nadie más. Sin embargo, su modo de atacar a Duncan, revela que le creyó culpable a él y quiso vengar a la esposa muerta.

—Eso podría ser una coartada, Mark.

—Claro que podría serlo. He de hablar aún con Tupman, pero es ese *hippy* misterioso el que me preocupa.

—Hablaste de dos personas.

—Oh, claro. La otra es, naturalmente, el caballero vecino vuestro, el tal Curley Ryker, que se dedica a sorprender en la intimidad a las mujeres atractivas, captándolas con su cámara.

* * *

—Eso es mentira, señor —cortó glacialmente Ryker—. Totalmente mentira. Pensé que el señor Roberts se habría ocupado ya de rectificar sus ideas sobre mí, sin calumniarme más.

—Señor Ryker, veo difícil que el señor Roberts pudiera hacer nada de eso, puesto que murió pocas horas después de haber recibido su carta y sus fotografías.

—¿De modo que sabe usted que él recibió de mi parte una carta y unas fotos?

—Por supuesto. Pensé que usted lo negaría, señor Ryker.

—¿Negarlo? —el hombre gordo, de labios gruesos, sonrisa innoble y aire poco agradable, sacudió con énfasis su cabeza—. ¿Por qué habría de hacerlo? Precisamente le escribí para poner en claro una equívoca idea que él tenía de mi arte fotográfico.

—Ya —Mark paseó por su estudio, repleto de fotografías curiosas, la mayoría detalles mínimos, ampliados por el teleobjetivo, desde un pequeño hongo hasta un par de hormigas rojas pasando por aves, reptiles, mariposas y todo cuanto se puede captar a distancia, dando la impresión de hallarse encima del objeto fotografiado—. Veo fotografías de zonas tropicales, de animales ecuatoriales, incluso. ¿Estuvo usted en el trópico, señor Ryker?

—Muchas veces, sí —asintió el fotógrafo—. Se tiene que buscar lo nuevo, lo insólito, lo que nadie ha pensado en captar, se halle donde se halle.

—El virus que mató al señor Roberts era tropical —suspiró Davis—. Y le fue inoculado posiblemente en la sangre, por medio de una incisión. ¿Sabía usted que él se cortó esa noche con un borde particularmente afilado de una de sus fotografías?

—¿Cómo? —boqueó Ryker, perplejo—. No entiendo bien.

—Esas fotografías están ya en poder de la policía —mintió glacialmente Davis—. Esperamos que los laboratorios no hallen muestras del virus letal en esa cartulina, señor Ryker. Por su propio bien, naturalmente.

—¿Qué está insinuando, señor Davis?

—Estoy insinuando que sería mala cosa para usted comprobar que por ese corte penetró el virus ponzoñoso en la sangre de

Roberts. Tan mala, que automáticamente sería acusado de asesinato en primer grado. Y también de la muerte de tres mujeres.

—Pero..., ¿qué dice usted? —rugió Ryker, muy pálido.

—Ingrid Ekmer, Lorelei Tupman y Sally Saxon. Tres mujeres hermosas. De las que a usted le gusta sorprender con su cámara indiscreta. Me pregunto hasta dónde llega en su morboso interés por tales motivos fotográficos. ¿Se conforma con fotografiarlas minuciosamente... o lleva su «arte hasta el asesinato, señor Ryker?

—Salga inmediatamente de mi casa —tembló la voz del fotógrafo, llena de ira—. No toleraré más insultos, esté seguro. ¡Ni uno solo más! Retírese o llamaré inmediatamente a la policía.

Mark Davis asintió, empezando a retroceder hacia la salida. Como al azar, al extender una mano, pareció engancharse en las fuertes chinchetas que fijaban las grandes fotografías a la pared del estudio.

Tiró de ellas con fuerza, como si pretendiera desasirse. Sólo logró arrancar tres O cuatro fotografías de bastante amplitud, junto con las chinchetas.

—¡Cuidado! —aulló Ryker, perdiendo el poco color que le quedaba.

—Oh, lo siento... —se excusó Davis. Y se quedó callado, al ver, bajo las fotografías desprendidas, una perfecta galería erótica, compuesta por una serie de audaces fotografías, obtenidas por la cámara poderosa de Curley Ryker, a través de ventanas y balcones.

Pudo haberlas tenido más ocultas pero, evidentemente, le complacía admirar sin duda, con cierta frecuencia, lo que su cámara obtenía violando la intimidad de mujeres sorprendidas por el teleobjetivo penetrante de aquel maníaco.

—Vaya... —comentó irónico Darás—. ¿Qué tal si ahora llama a la policía, señor Ryker?

Lívido, el fotógrafo de alcobas se dejó caer en una butaca, totalmente vencido y desarmado.

IV

—Un rufián menos en circulación —masculló el teniente Morrow con desprecio, echando una ojeada a la serie de incontables fotografías de parecida factura, logradas por la cámara tomavistas de Ryker. Su potente *zoom* había logrado dar la impresión de que todo estaba filmado allí mismo, y no a través de una distancia, de ventana a ventana, en la cómplice oscuridad de la noche—. El FBI tenía noticias de un tipo así, que proporcionaba material fotográfico a determinados editores. Es posible que sea Ryker. De cualquier modo, ya está a buen recaudo para una temporada. Espero que eso le quite su afición por el «arte fotográfico».

Davis asintió, pensativo, mientras Morrow, con gesto de desprecio, metía todas aquellas fotografías en un gran sobre de papel manila, precintándolo, como evidencia contra Curley Ryker.

—De todos modos, se trata solamente de un pez pequeño —sentenció el amigo de Duncan Roberts—. Yo buscaba una pieza mayor, teniente.

—¿Al asesino? —sugirió el policía de Los Angeles.

—Al asesino, sí.

—Esa es tarea nuestra, Davis —le recordó Morrow—. No le he contratado como agente a nuestro servicio, para que haga nuestro trabajo, amigo mío.

—Oh, es una colaboración espontánea —sonrió irónico Mark—. Cuando tengan un culpable cierto, estaré libre de sospechas. Y podré reanudar mi vida inquieta, sin verme obligado a permanecer anclado en Santa Bárbara.

—Me pregunto si realmente, estará usted tan cansado de Santa Bárbara como dice, o sólo está alardeando de independencia y libertad. ¿Se marchará de verdad de aquí, una vez desenmascarado el criminal?

—¿Pues qué supone, teniente? —frunció Davis el ceño.

—No, nada —sonrió el policía—. Se me había ocurrido que, con su amistad creciente por la señora Roberts...

Se detuvo, sin completar la frase. Malhumorado, Davis se inclinó hacia él.

—¿Qué se le había ocurrido, teniente? —trató de puntualizar.

—Nada —Morrow inclinó la cabeza—. Tal vez no debí hacer comentarios.

—No, no debió hacer comentarios. Están de más, teniente.

Wilma y yo somos buenos amigos, como lo éramos su marido y yo. Eso es todo.

—No hay nada ofensivo en ello. Ella es mía viuda joven y atractiva, usted un hombre solitario, solterón... Sume usted dos y dos...

—Y le saldrán cinco —refunfuñó Davis, seco. Se sentó en el borde de la mesa del oficial de Homicidios de Los Angeles—. Escuche ahora, teniente. Hablemos de cosas realmente serias. ¿Se sabe algo sobre ese tipo, el *hippy* del Canadá?

—¿Tracy Finch? No puede tardar mucho en caer. Se siguió el rastro de sangre. Se encontró un coche con una *roulotte*, a pocas millas de distancia de donde muriera Ingrid Ekmer. Dos millas, para ser exactos. Era un coche matriculado en Canadá, con placa de Toronto. A nombre de Tracy Finch, para más detalles. Se curó allí la herida o heridas. Luego, se marchó dejando abandonados sus vehículos. Sabemos de un autoestopista herido en un brazo. Y eso nos ha llevado a Santa Mónica. Ha vuelto a dejar huellas de sangre, ha buscado a un médico para que le cure, y ha escapado al ver que él iba a llamar a la policía. El cerco se estrecha. Caerá de un momento a otro.

—Actúa como un ladrón o un salteador de Bancos —comentó Davis—. No me parece lo bastante inteligente ni sagaz para llegar a cometer varios crímenes sin ser visto ni capturado. Y menos aún, para envenenar a Duncan Roberts... con un virus tropical.

—Estuvo en Santa Bárbara, se relacionó con Ingrid Ekmer. Y merodeó en casa de su amigo Roberts. Eso me parece suficiente para que sigan buscándole, hasta dar con él. Además, está probado que es un ladrón habitual, que padece cleptomanía.

—Muy bien. Eso completa el cuadro —Davis sacudió la cabeza—. Que me ahorquen si entiendo algo, sin embargo. Las piezas no encajan. El *puzzle* está incompleto. O hecho por un loco.

—¿Sigue sin encontrar nada en el escrito de Roberts?

—Nada. Estoy seguro de que hay algo, pero se me escapa. ¿Y usted, teniente?

—Es el relato más disparatado que leí jamás. Y lo malo es que todos sabemos que es verídico, completamente real. Como novela, no tendría el menor éxito. Carece de sentido, de cohesión...

—¿Usted cree, teniente?

—Por completo, Davis. Le falla la unidad. El asesino nos resulta un ser extraño, de dos vertientes muy distintas entre sí. Primero, mata a tres mujeres. Siempre con arma blanca, ensañándose en ellas paulatinamente a medida que comete cada crimen. Luego, de

súbito, rompe esa armonía criminal, e introduce una variante totalmente distinta, desconcertante por completo: envenena a un hombre, utilizando un virus tropical. No recurre a un método rápido, sino a una muerte lenta y exótica. Como si tuviera interés en que Roberts viviera aún bastantes horas, y se diera cuenta de su pausada muerte.

Mark Davis iba a hacer una observación al respecto, cuando sonó el teléfono, sobre la mesa del despacho del teniente Morrow. Este descolgó con rapidez.

—Teniente Morrow al habla —dijo, escueto—. ¿De veras? Bien, iremos en seguida —tapó el micrófono del aparato, para informar con rapidez al interesado Davis—: Ya dieron con él. Ha caído.

—¿Quién? —Mark se puso en pie bruscamente, con sobresalto.

—Tracy Finch, el joven *hippy*. En Santa Mónica, cerca de Long Beach. Se resistió a la captura. Está malherido. Temen que, si no nos apresuramos, no lleguemos a tiempo. ¿Viene usted, Davis?

—Cielos, claro que voy —asintió con rapidez Mark—. No puedo perderme eso. Conocer al tal Finch y escuchar su voz, es algo imprescindible quizá para entender parte de este *puzzle* y poner, cuando menos, algunas piezas en su sitio. ¿A qué está esperando para salir disparado hacia Santa Mónica, teniente?

* * *

Ya había conocido a Tracy Finch.

Pero no le fue posible escuchar su voz. Un elemento imprescindible del caso, se había perdido para siempre. Finch estaba muerto cuando llegaron. La bala de un agente había penetrado en el pulmón del fugitivo. Este llevaba perdido ya mucha sangre cuando fue acorralado y se defendió. Sin reservas suficientes, la segunda herida le fue fatal.

Había muerto quince minutos antes de llegar ellos al hospital de Santa Mónica donde había sido urgentemente internado. Un agente federal y varios de la policía de Los Angeles, hablaban entre sí cuando ellos llegaron.

—Inspector Kirby, de la oficina federal —se presentó el hombre del FBI, exhibiendo su credencial al teniente Morrow—. Intentamos todo lo posible por salvarle. Tuvo mala fortuna ese muchacho. No debió resistirse. No era un criminal, aunque sí un loco. Cleptómano, evadido de la justicia en Canadá, reclamado por tráfico de drogas. Fumaba marihuana y tomaba LSD. Un desgraciado. Ya pagó todos

sus errores a muy alto precio, teniente.

—Llevaba encima varias dosis de droga cuando le capturamos —dijo un agente de la Metropolitana de Los Angeles—. Quizá por eso luchó para escapar.

—Sí, es probable —Morrow contempló al joven pálido, ligeramente barbudo, de largas melenas rizosas—. No era un auténtico *hippy*. Pero vestía como tal para mezclarse con ellos. Por culpa de tipos así, luego los verdaderos partidarios de las ideas *hippies* son injustamente señalados. Pero como usted dice, él ya pagó.

—¿Dijo algo? —preguntó Mark Davis, dirigiéndose al federal—. Me refiero... en relación con Santa Bárbara y sus crímenes.

—Bueno, sí dijo algunas cosas incoherentes, mientras sufría vómitos. Pero usted, ¿quién es, mi joven amigo? ¿También oficial de Homicidios, tal vez?

—No, no —se apresuró a negar Morrow. Carraspeó—. Él es... bueno, es un investigador privado. Colabora con nosotros desinteresadamente en este caso. Por amistad con una de las víctimas del asesino.

—Oh, entiendo —el recelo del federal se ahuyentó—. Pues como les decía, algo habló, pero no estaba nada claro. Mencionó algo de un bosque, un camping, una chica rubia llamada Ingrid...

—Ingrid Ekmer —asintió Morrow, excitado—. Por favor, inspector Kirby, siga. Es muy importante. ¿Añadió algo más?

—Muchas de sus palabras se perdían entre los vómitos. Y no tenía fuerzas para repetirlas. Parecía ansioso por hablar, por descargar de algo su conciencia, pero nada quedó claro. Insistía sobre esa chica, Ingrid. Mencionó un testigo. Dijo algo así como «que era seguro». Que no había error. Que un testigo de un crimen nunca se equivocaba en algo tan claro. Insistía sobre ese «testigo», sobre el asesinato presenciado por alguien... y sobre el culpable.

—¿No dijo quién era el testigo, y quién el culpable? —pidió roncamente Mark Davis.

—No, eso no. Traté de insistirle. Me miró con ojos muy abiertos, soltó otra bocanada de sangre, y me pareció oírle decir algo así como «yo vi... testigo... el autor...». Y murió sin añadir una sola palabra más.

—«Yo vi... testigo... el autor...» —recitó en voz alta Morrow—. No significa nada. Pudo dar a entender que vio al testigo y al autor del crimen. O que él era el testigo y otro el autor. Maldita sea, Davis, no importa qué testigo sea, pero, ¿quién es el autor del crimen presenciado? Ahí está la clave de todo.

—Yo creo, teniente, que la clave está en ambas cosas —dijo Davis gravemente—. Esa frase final puede significar mucho... o no ser nada. Depende de algo.

—¿De qué? —se intrigó el teniente.

—Eso... depende de algo, ya se lo he dicho. Algo que debo comprobar cuando volvamos a Santa Bárbara.

—¿Comprobarlo dónde, Davis? ¿Es que sabe usted algo que me oculta?

—No, no. Aún no sé nada. Pero de repente he pensado... he pensado que, tal vez, dentro del relato de Duncan Roberts sí esté la clave de todo, y no hayamos sabido verlo nadie.

Morrow y el federal cambiaron una mirada perpleja. No entendían absolutamente nada. Y Mark Davis no se molestó en explicárselo tampoco.

El regreso a Santa Bárbara fue silencioso.

Cuantas veces intentó Morrow sonsacar a su compañero de viaje, fracasó rotundamente. Davis se mantenía ceñudo, profundamente abstraído, como meditando en torno a algo de gran importancia, no revelado hasta entonces.

—Si se obstina en callar, Davis, le haré arrestar, acusándole de ocultar pruebas a la ley —le amenazó finalmente el policía, cerca ya de Santa Bárbara.

—No diga tonterías. No le oculto nada todavía. Sé tanto como usted. Tengo una cierta idea, pero eso no significa nada. Tal vez esté equivocado, y entonces quedaría en ridículo. Prefiero ir sobre seguro, teniente. Si se confirma mi teoría, será usted el primero en saberla.

Volvieron al mutismo anterior. El coche-patrulla del teniente Morrow avanzaba como una flecha por la amplia cinta asfaltada que bordeaba el mar. Davis parecía impaciente, inquieto por algo.

De repente, se volvió al oficial de Los Angeles. Pareció recordar algo.

—Teniente, ¿lleva radioteléfono en este coche? —indagó.

—Por supuesto —le miró, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo pregunta?

—Quisiera efectuar una llamada, por favor.

—Espere. Pediré línea a nuestra central —clavó sus ojos pensativos en Mark—. ¿Tan urgente es?

—Tal vez sí. Puede haber otra vida en peligro.

—¿Otra? —se le dilataron los ojos—. Cielos, logrará asustarme. Creí que todo había terminado ya.

—No. Yo estaba seguro de que habría otra muerte. No debí

ausentarme de Santa Bárbara, pero en ese caso tampoco me hubiera enterado de lo que dijo Finch, y ahora no tendría esa sospecha rondando mi cabeza.

—Ya hay línea. ¿Marca usted el número, Davis? —le ofreció el teléfono.

—No, gracias. Hágalo usted mismo, teniente. Es el número de Wilma Roberts.

—¿Wilma? No querrá decirme que es ella quien...

—¿Quien peligra? —asintió, con expresión helada, Mark Davis—. Sí, teniente. Es ella la que tiene que morir ahora.

V

—¿Wilma?

—Sí, yo misma... Mark, ¿desde dónde llamas? He intentado comunicar contigo y nadie sabe dónde andas metido.

—Me ausenté de Santa Mónica por un suceso imprevisto. Cazaron a Tracy Finch, un falso *hippy* que se dedicaba a traficar y consumir drogas. Resistió y fue herido. Ha muerto.

—Oh. Es horrible, Mark.

—Esperemos que todo termine ahí, Wilma. Se me ha ocurrido algo. Puede ser terrible, si se confirma. Hablaré contigo en cuanto llegue. No hagas nada. No veas a nadie, no recibas nada sospechoso, no toques ni siquiera el correo.

—Mark, me asustas. No he recibido visitas. Y no abriré a nadie. Pero en cuanto al correo, ¿no es algo ridículo eso?

—No, no lo es. —Mark Davis se mostró repentinamente alarmado—. Un momento, Wilma. No habrás... no habrás tocado ya algo...

—Bueno, no exactamente. Pero sí acabo de recoger el correo de mi buzón.

—¡No lo toques, entonces!

—Mark, hay algo que no recordaba, y que no hablamos siquiera, aturdidos con todos esos espantosos sucesos. Pero dentro de una semana es mi cumpleaños y... y alguien pensó en mí anticipadamente.

—¿Por qué dices eso? —la angustia de Mark era tan evidente, que hasta Morrow se asustó, sin saber la razón—. Wilma, por favor, habla de una vez, di lo que sea... pero no toques nada de nada...

—Esto es diferente, Mark. Nadie podría engañarme. Conozco su letra, su modo de escribir mi nombre, de embalar con cinta azul... Estaba en el buzón, y voy a abrirlo ahora. Es el regalo de cumpleaños... y el pobre Duncan me lo envió antes de... antes de morir, bien ajeno a lo que luego sucedería.

—¡Wilma! —rugió, desesperado, Mark Davis—. ¡No lo abras ni toques ese paquete! ¡Es la muerte! ¿Entiendes? ¡Tu muerte segura, Wilma!

Y volviéndose al teniente Morrow le apremió, muy pálido:

—Por el amor de Dios, teniente, acelere.

—Pero... pero, ¿qué ocurre con ese paquete? —jadeó el teniente—. ¿Cómo sabe usted que es mortífero? ¿Quién se lo envía?

—Duncan, por su cumpleaños. Es un regalo de su esposo.

—Oh, entiendo —suspiró Morrow.

—No, no entiende, teniente —susurró Mark, lleno de horror—. Nadie ha fingido nada. Ese regalo se lo envió realmente Duncan Roberts a su esposa.

—Pero... pero entonces...

—Entonces, teniente, sólo hay una explicación posible —Mark miró al policía muy fijo—. Y es que... Duncan Roberts es el asesino.

EPÍLOGO

UN FINAL PARA UNA NOVELA INCONCLUSA

«Querida Wilma. Querido amigo Mark Davis:

Si estáis leyendo esto los dos, en este momento, es que todo ha fallado al final. Y no me sorprenderá que así sea. Eres inteligente, Mark. Muy inteligente. Es posible que sospeches la verdad a tiempo, y salves la vida a Wilma.

Eso no me gusta, porque todo estaba dispuesto para que ella también muriese. De otro modo, toda mi obra no tendría razón de ser. Yo habré muerto inútilmente, dejando con vida a mi cuarta y última víctima. La cuarta y última mujer infiel.

Sí, Wilma. Si lees esto ahora, te dolerá posiblemente. O quizá no. Nuestra vida en común ya no era lo que fue. Puede que me jures inocencia sincera y honradamente. Pero yo no te creí. No podía creerte. Lo siento. Si me equivoqué contigo, tal vez esto resulte entonces justo y merecido, y tú no debas morir. Pero para mí, siempre estuve seguro de que me eras infiel. Sobre todo, con Shelby Hammond.

Wilma, no eres tú sola, si realmente me has faltado.

Hay muchas mujeres indignas de tener un buen esposo. Mujeres como Ingrid Ekmer, como Lorelei Tupman... Sí, yo sabía que Ingrid era casada. Por eso la maté. Luego, cuando supe que la hostelera de la playa también lo era... fui en su busca. Debía morir, igual que Ingrid. Mujeres de esa clase no deben existir. No es justo.

Ya sé que me creeréis loco. Mark, ¿te acuerdas que hablaste de un asesino loco, y eso me irritó mucho? Defendí al asesino sin darme cuenta. Pero luego lo he respetado en mi novela póstuma, como un desafío a tu agudeza. No sería justo que yo, un escritor de novelas policíacas, dejase a mis lectores sin los medios adecuados para que descubran al culpable, si saben usar el cerebro.

Si estás leyendo esto, con Wilma a tu lado, significará que así es. Que usaste tu cerebro, Mark, y salvaste a mi viuda. El regalo es mortal, tú debes saberlo ahora. El mismo virus que me inoculé yo mismo, para morir. Está en toda la pieza de cristal que la envió

como regalo de su cercano cumpleaños. Ese cristal está débilmente manipulado por mí para que le hiera la piel. Eso bastará. Pero si tú lo has descubierto todo antes, ya no servirá para nada, Mark.

Si has llegado a la conclusión de que yo soy el asesino, significa que no necesito explicarte apenas nada. Pero creo preferible hacerlo, Mark. Será un modo de poner fin a mi novela. A mi última novela.

Realmente, nunca os engañé por completo. No dije que fuese toda la verdad, sino una simple novela a base de mi vida y de mi muerte. Cometí engaños y falseé mis pensamientos en toda ocasión. Pero también de eso os dejé una clave, cuando dije hacia su final que "pude haber sido yo el asesino". Que encontré los cuerpos de Ingrid y de, Lorelei... a quienes yo maté previamente. Y que estuve en el club náutico el día que mataron a Sally... porque yo maté a Sally poco después, abandonando tranquilamente el club.

También digo que tengo la mejor coartada. ¿Quién sospechará de un muerto?

Añado luego que "aquí está todo cuanto hice y razoné... salvo las naturales lagunas". Admito que es un relato fragmentado e inconexo a veces. Y aún llego más lejos en mi desafío al lector: Admito que no todo está completo. Y si alguien es lo bastante inteligente, podrá completarlo, dándole a todo un sentido lógico y correcto. Son palabras mías, en el desenlace de mi inacabada novela. Y añado que, por el hecho de morir, quedo descartado de cualquier sospecha.

¿No está todo evidente? Mi visita a la playa, la noche del segundo crimen... Debió de ser Tracy Finch, ese maldito canadiense, quien me atacó por la espalda, con intención de matarme. Proporcionaba drogas a Ingrid, la hizo adicta a estupefacientes y suciedades así.

Temo que me vio cometer el primer crimen, pero acaso estaba algo drogado, y escapó, rehaciéndose luego, y planeando matarme, puesto que no podía vengarse denunciándome, ya que le buscaban por robo y tráfico de drogas. Cuando me recuperé, fui a la casa. No a curiosear, sino a matar a Lorelei.

Luego, hilvano el relato como si llegase allí en su busca. Pero ha transcurrido tiempo, mi reloj está roto, yo no menciono la hora, pese a que a las diez fui atacado. Sí. Creo que si lo has descubierto, es que eres todo lo listo que imaginé. Y el desafío ha fracasado.

Tú sabes ya, Mark, en ese caso, por qué me maté, por qué me asesiné a mí mismo, de un modo lento, que me diera tiempo suficiente para escribir esa novela maestra que es la propia historia

de mis crímenes. Y dejando así abierto el portillo a una última muerte: la de mi esposa Wilma.

Si lo he conseguido, bien está que sepan ya quién cometió, los crímenes. Mi idea era ésa, justamente: matar a todas las mujeres infieles, como un castigo. Castigarme a mí mismo, a la vez, por esa acción vengadora que me hizo tomar la justicia por mi mano. Y preparar mi último crimen, antes de morir, para que tenga lugar después de morir yo.

Si capturan a ese Finch antes, tal vez hable y me acuse, pero eso no bastaría, estando yo muerto y enterrado. Un hombre asesinado, un hombre muerto, no puede ser culpable.

Ya veis que no es cierto, pero, ¿quién iba a creermelo culpable, antes de leer esta carta mía que acompaño al regalo de Wilma para que, sea cual sea el final de mi novela póstuma, sepáis toda la verdad, sin más lagunas.

He fantaseado mucho con mis ansias de saber, de descubrir al criminal, mientras iba escribiendo, contra reloj, en lucha con la muerte. He conseguido dar al lector la sensación de angustia que un condenado a muerte sufriría en tal situación. Para algo yo, Duncan Roberts, soy novelista ante todo. Antes de terminar mi relato, he escrito esto, y lo he enviado como paquete postal, con el regalo que tenía ya dispuesto, regresando a continuar mi obra, una vez depositado el envoltorio en la cercana estafeta postal,

Espero haber engañado a muchos de los que leyeron mi última novela. Pero ahora, repito, si vosotros dos, Wilma y Mark, estáis leyendo esto, significará que al final he fracasado.

No espero perdón ni comprensión de nadie. Sólo quiero que no se me tache de loco. Odio ciertas cosas, y por convicción tuve que hacer esto. Es todo.

Tal vez vosotros dos terminéis siendo algo más que amigos, Mark. Si Wilma está a salvo, la situación es ideal para ambos. Jóvenes y libres ambos, ella debiéndote la vida, tú protegiendo a la mujer desvalida y sola... Ideal, sí. No esperéis que eso me haga sentir rencor hacia vosotros. Cuando leáis esto, yo llevaré tiempo muerto. Los muertos no sienten ya nada, ni bueno ni malo. Y, de todos modos, me parecería humano ese final para mi novela, Mark, amigo.

Bueno, tal vez esté dejándome llevar por un sentimiento estúpido de escritor barato. Quiero añadirle un *happy end* a mi última novela, y se me ha ocurrido pensar en vosotros dos.

Sí, es posible que no sea un mal final, después de todo.

Habré culminado así, dignamente, mi novela. Mi última novela.

Y podré ponerle, pese a todo, la palabra que tanto deseaba:
FIN.»

* * *

—Sí era un loco, teniente Morrow. Un hombre desviado mentalmente por dos ideas obsesivas para él: aniquilar a las mujeres infieles... y escribir. Escribir algo diferente a todo, desafiar al lector con su ingenio. Tal vez no sea una forma concreta de locura, pero sí revela la anormalidad de una mente enferma. Espero que, cuando menos, Dios sí le haya perdonado.

—Davis, ¿de verdad sospechó usted, a través de la presunta novela?

—No, teniente. Sólo en parte. Luego, las palabras de Finch, el falso *hippy*, me hicieron recordar las lagunas y los ocultos desafíos de la novela al lector: lo que quiso decir al morir fue concretamente: «Yo lo vi... Yo era el testigo... y el asesino..., el autor de novelas policíacas». Eso significaba «el autor», ¿se da cuenta, teniente?

—Sí, Davis —suspiró el oficial de Homicidios de Los Angeles—. Parece que, pese a todo, Duncan Roberts sí escribió una curiosa novela.

—Y le puso la palabra «fin», es cierto —admitió Mark.

—Pero..., ¿será realmente un «final feliz», ahora que Wilma Roberts está a salvo? —preguntó irónico Morrow.

—Eso, teniente —el tono de Mark también fue ahora malicioso—. Eso es algo que está más allá del fin de una novela.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

En inglés, **THE END** equivale al “*FIN*” nuestro.